

19123
376

TEXTO NACIONAL DE LECTURA

AUTORIZADO POR EL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

ARTÍCULOS ORIGINALES INÉDITOS
Y EXPRESAMENTE ESCRITOS PARA ESTE LIBRO
POR LITERATOS ARGENTINOS

FORMADO POR

EDUARDA RODRIGUEZ LARRETA



BUENOS AIRES
CABAUT Y CIA, EDITORES

SUCESORES DE P. IGON Y CIA
LIBRERÍA DEL COLEGIO, CALLE ALSINA 500

1901

LL
1901
ROD

Biblioteca Nacional de Maestros

c
N-12
36



00049540

15

19123

TEXTO NACIONAL DE LECTURA

ARTÍCULOS ORIGINALES INÉDITOS
Y EXPRESAMENTE ESCRITOS PARA ESTE LIBRO
POR LITERATOS ARGENTINOS

COMPILADO POR

EDUARDA RODRIGUEZ LARRETA



BUENOS AIRES
CABAUT Y CIA, EDITORES
SUCESORES DE P. IGON Y CIA
LIBRERÍA DEL COLEGIO, CALLE ALSINA 500
1901

125 X 188
Biblioteca Nacional de Maestros

La propiedad de esta obra me está
garantizada por la ley. Las ediciones
clandestinas serán perseguidas con
todo rigor.

E. R. L.

Al Doctor José M. Barros
Maga, Presidente del
Consejo Nacional de Educación
le saluda atentamente
E. R. L.

Eduardo Pacheco y Lozano

Abril 4-1908

AL DOCTOR JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ

Presidente del Consejo Nacional de Educación.

E. R. L.

Precio de venta: \$ 1.50 m/l.

ÍNDICE

	Págs.
BARTOLOMÉ MITRE.....	Las civilizaciones americanas, sus monumentos y su deca- dencia fatal. 1
V. FIDEL LÓPEZ.....	Episodios de la guerra de Sud América— Fragmento de «El Capitán Vargas» 10
C. GUIDO Y SPANO.....	Una página 24
J. V. GONZÁLEZ.....	Esquiú 25
J. M. ESTRADA.....	Ultima conferencia inédita 28
P. GROUSSAC.....	Aguinaldo 37
E. L. HOLMBERG.....	Adiós al Iguazú 50
MARTÍN GARCÍA MÉROU.....	Boceto crítico 53
R. GUTIÉRREZ.....	La Magdalena (Fragmento) ... 56
R. GUTIÉRREZ.....	Grito del alma 58
SAMUEL GACHE.....	Por la Patria— Por la Ciencia. 60
H. BECCAR VARELA.....	La historia argentina 67
E. S. ZEBALLOS.....	Golondrina y Cucaracha 70
DIÓGENES DECOUD.....	La conquista de América 79
C. RODRÍGUEZ LARRETA.....	Monseñor Terrero 86
ANTONIO DELLEPIANE.....	Sarmiento y Avellaneda 88
CARLOS GUTIÉRREZ.....	El deber..... 91
EDUARDO A. HOLMBERG (H.)...	Las voces de la selva 94
JUAN B. AMBROSETTI.....	El cacique de Hualfín 97
M. NAVARRO VIOLA.....	Brindis al general Mayer 102
J. J. GARCÍA VELLOSO.....	La hija muerta 104
ALBERTO GHIRALDO.....	Opimas mieses 110
ENRIQUE B. LARRETA.....	«Artemis»..... 113
MIGUEL CANÉ.....	A caza de jabalíes 121
EDUARDO SCHIAFFINO.....	Impresiones serranas 135
JULIO PIQUET.....	Agricultura íntima..... 149
J. A. GARCÍA (H.).....	Desde Venecia... .. 153
C. GUIDO Y SPANO.....	El Otoño 162
C. GUIDO Y SPANO.....	Musgo 166
JOSÉ M. ESTRADA.....	Mariano Moreno 168
PEDRO GOYENA.....	El mal de la época 170

PRÓLOGO

Creo que las mejores líneas con que puedo presentar este libro, es su propio índice, aunque sea esto una inversión de lo habitual.

Las firmas de los autores, son el honor más grande que he alcanzado en mi modesta tarea.

EDUARDA RODRÍGUEZ LARRETA.

« On ne lit pas assez dans nos écoles. »

Rollin.

Las civilizaciones americanas, sus monumentos y su decadencia fatal.

Un gran pensador de nuestro tiempo ha dicho, que si la teoría de la degradación, tal como se presenta ordinariamente, es insostenible, la teoría de la progresión, en su forma más absoluta, lo es igualmente; y que es más posible, y aun más probable, que en el retroceso haya sido tan frecuente como en el progreso. Esta proposición, demostrada racionalmente y probada históricamente, tiene su comprobación en la América de los tiempos precolombianos, y se confirma estudiando sus ruinas sucesivas, que son sus documentos.

La historia nos enseña, que este mundo Americano, bárbaro ó semicivilizado antes del descubrimiento, ha pasado por grandes cataclismos sociales, marchando en la vía del retroceso y del progreso descendente, por evoluciones sucesivas, que sus monumentos

prehistóricos marcan como piedras miliarias, acusando la degradación de las razas que se suceden, y el empobrecimiento de sus limitadas facultades.

La crítica nos enseña, que las tribus salvajes de la América, lo mismo que sus naciones relativamente más adelantadas, no poseían, ni en su organización física, ni en su cerebro, ni en los instrumentos auxiliares que mejoran y perfeccionan la condición humana, los elementos creadores, regeneradores, alternativamente fecundos y siempre progresivos y perfectibles, que caracterizan las sociedades ó las civilizaciones destinadas á vivir y perpetuarse en el tiempo y en el espacio.

Por eso, sus civilizaciones estaban fatalmente destinadas á morir por esterilidad, cualquiera que fuese el orden cronológico en que se sucedieran. Por eso también, los diversos estados sociales que la conquista europea encontró en América, estaban destinados á descomponerse dentro de sus propios elementos, rotando en el círculo vicioso que los encerraba; pasando de civilizaciones relativamente más adelantadas á otras más inferiores, y cayendo constantemente en la barbarie primitiva, por esa ley de retroceso que en las especies ani-

males se conoce con el nombre de *salto atrás*. Los monumentos americanos, que señalan un mayor adelanto en las artes, y un grado más elevado de cultura intelectual y moral, no son los más modernos: son precisamente los más antiguos, que se pierden en la noche de los tiempos. Y la prueba de que esos monumentos eran eslabones rotos de la cadena de civilizaciones prehistóricas, que nada legaron á la posteridad, es que ellos eran incomprensibles para los últimos descendientes de las primitivas razas que los construyeron.

Hordas errantes, clavaban sus tiendas movezizas sobre los monumentos de tierra, levantados en el valle del Mississipi por una raza desconocida, que ha dejado en su suelo los vestigios de una vida social relativamente más culta y más coherente.

En las fronteras de Méjico y Estados Unidos, en la región llamada de Los Pueblos, sus misteriosas ruinas atestiguan un singular estado de civilización original, cuya memoria se ha perdido; y á la inversa, en la misma región, se han encontrado tribus más salvajes que sus salvajes antepasados, que después de conocer el uso del cobre habían vuelto á la edad de piedra, sin pasar por la del bronce,

retrocediendo últimamente á la del barro cocido.

Los monarcas Aztecas, cuya civilización se señalaba como un progreso en el orden de los tiempos, hollaban las ruinas de civilizaciones anteriores, mucho más adelantadas que las de Méjico, como lo prueban los restos de Mitla y de las cincuenta ciudades monumentales perdidas en las selvas de Yucatán.

Desde Centro-América hasta el Perú, la América está sembrada de despojos de los Muiscas y de los Mayas ó Quichés, que dan testimonio mudo de un grado mayor de desenvolvimiento y de energía, á la vez que de un retroceso lento y gradual, que se opera por causas ingénitas, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días.

En el Bajo y el Alto Perú, la civilización quichua,—otro ejemplo que se señala á la par del de Méjico como prueba histórica de progresión,—era una simple restauración parcial de las antiguas civilizaciones de Quito y del lago de Titicaca, de Tiahuanaco, de Huánuco, de Pachamac, de Ollantay-Tambo, y aun del mismo Cuzco, antes de la época de su renacimiento decadente. Con limitadísimos conocimientos astronómicos, que después del

sol y de la luna, astros visibles del día y de la noche, apenas se extendían á dos constelaciones, sus mitos panteístas se habían personificado en un conquistador militar; sus esculturas de piedra habían descendido á la cerámica, y su arquitectura á las construcciones de adobe crudo. Entre aquellas civilizaciones prehistóricas y esta semicivilización sin expansión vital, mediaron largos siglos de obscuridad y de barbarie, que habían hecho perder hasta la memoria de los antiguos monumentos, cuya existencia no podían explicarse los modernos habitantes del suelo, sino como prodigios fabulosos.

Al tiempo del descubrimiento de la América, los imperios semicivilizados y despóticos de Méjico y del Perú, estaban ya en decadencia, entraban en el período de la disgregación política y de la descomposición social; todo indicaba que habiendo completado su evolución parcial, iban de nuevo á caer en la barbarie, como cayeron las civilizaciones más adelantadas de Palenque y de Tiahuanaco, que las habían precedido millares de años antes, probablemente antes que en Europa brillase la aurora de su actual civilización.

¿Por qué la América en igual lapso de

tiempo, no sólo no había realizado los adelantos de la Europa, sino que, en vez de progresar, iba por evoluciones sucesivas, retrocediendo y descomponiéndose dentro de sus propios elementos?

Es que la América precolombiana no poseía en sí misma el principio de la vida orgánica perfectible, que articula las civilizaciones progresivas; ni poseía los instrumentos con que se labra el progreso atesorado como un capital reproductor.

La abeja conserva en la estructura de su ojo las proporciones del exágono, y el ave y el castor tienen en sus instintos la forma de sus nidos y los principios hidráulicos de sus diques:—los indígenas americanos, sucesores de los arquitectos de Tiahuanaco y de Uxmal, que ni habían alcanzado á cerrar la bóveda, olvidaron hasta las formas antiguas, y no las concebían sino como obras sobrenaturales.

El lenguaje hablado tiene una vida propia, que se dilata en la proporción del círculo de las ideas que se fecundan por su intermedio: las lenguas americanas, inorgánicas, inflexibles, sin abstractos, vaciadas todas en el mismo grosero molde gramatical, no eran susceptibles de desarrollo orgánico, ni podían expre-

sar lo que los mismos que las hablaban no podían concebir.

Las agrupaciones eran más incoherentes en el estado de semicivilización civil, que en el estado primitivo de la tribu salvaje,—que tenían al menos el vínculo de la familia,—y por un dinamismo inherente á su propia organización, tendían á la disgregación por la fuerza centrífuga que les imprimía un movimiento disolvente.

El hombre americano,—que es hasta hoy un documento vivo de su barbarie congénita,—tomado como unidad, carecía del resorte individual, así en la condición salvaje como en el medio social, y sin valor propio, no podía ser factor de una cantidad de mayor valor intelectual y moral.

Con estas materias primas y estos pobres instrumentos de trabajo, sin capital social, sin iniciativa individual, sin lenguas orgánicas, sin cohesión moral, sin el conocimiento del hierro, sin más animal de carga que la llama, sin la posesión del alfabeto y sin medios en su organización para alcanzar por sí sola esta noción elemental, la América era, fatalmente, lógicamente estéril, y estaba destinada á rotar en el círculo vicioso del *corso e ricorso* de Vico,

cayendo periódicamente en la barbarie, y degradándose cada día más y más en cada una de sus evoluciones de retroceso.

Si en igual ó mayor espacio de tiempo, la América entregada á sí misma, no había podido alcanzar una sola de las nociones abstractas que revelan la actividad creadora de la mente ¿cómo habría podido elevarse á concepciones más trascendentales cuando no poseía en su lenguaje el abstracto de la noción del propio *ser*, ni aun el del *color*, y ni siquiera el de la acción de *lavar* ó de *llevar*, teniendo necesidad de un verbo distinto para expresar cada cosa que se lavaba, y cada objeto que se llevaba y el modo como se llevaba?

Pensar que con estos elementos y en este medio, pudo incubarse y expandirse, una inspiración como la de Homero, una estética como la de los Indus, una doctrina como la de Jesús, un binomio como el de Newton, un método como el de Descartes, una armonía como la de Beethoven, una mecánica celeste como la de Laplace, una invención como las de Fulton, Stephenson y Edison, una teoría vital como la de Darwin, ó un carácter de grandeza moral como el de Sócrates ó el de Wáshington, sería más que pedir peras al olmo: sería

esperar que de los caracteres de imprenta puestos en manos de salvajes, y combinados por ellos por millares de millones de modos, pudiese nacer la *Divina Comedia* del Dante, desde que la inteligencia fecunda no presidiere á la operación.

Por eso sin el principio de vida fecunda y de progreso perfectible, que le inoculó la sangre y el espíritu de la civilización europea, dotándolo con sus armas de trabajo y de combate, el hombre americano habría vegetado como sus árboles, propagándose como sus especies animales, sin asimilarse nuevas fuerzas reproductoras, y fatigando hasta las fuerzas espontáneas de la naturaleza misma; como el salvaje de Montesquieu, que derriba la palma con su hacha de piedra para coger su fruto.

Tal es la filosofía histórica de las civilizaciones americanas, comprobada por las ruinas de sus monumentos.

BARTOLOMÉ MITRE.

Episodios de la Guerra de la Independencia de Sud América

Fragmento de «El Capitán Vargas»

(NOVELA HISTÓRICA)

“Escúchame lleno de confianza, Ojo
“de halcón, que la mentira no saldrá de
“mis labios para anidarse en tus oídos.
“Voy á decirte lo que mis padres me
“refirieron, para que sepas lo que los
“mohicanos hicieron en sus buenos
“tiempos.—COOPER. (*El último de los
mohicanos.*)

No bien invadieron los españoles el territorio de *Chile* cuando ya lo dedicaron al Santo de las tradiciones godas y fabulosas de la guerra contra los Moros. Llegados con el real á la tierra en que querían fundar la Aldea, se prosternaron los guerreros; alzó su voz el Sacerdote católico, y en el oficio solemne de la *Misa* consagró *Pueblo de Santiago* al que había de levantarse en aquel lugar. Ese pueblo es hoy la Capital de la República de Chile.

Como ocho leguas hacia el Sudoeste del lugar en que se halla, había en los primeros tiempos un bosque extenso que formaba una especie de isla en el valle, designado por todos con la voz de «El Monte». Varios fratres rollizos de la orden de «San Francisco» levan-

taron un grotesco convento con capilla, cercano á este monte, que atrayendo poco á poco chozas y casas de humildísimo aspecto, dió origen y ser á una pobre aldea que á causa de estas coincidencias, fué llamada «San Francisco del Monte». Los rollizos hermanos no habían escogido mal su terreno; fértil en demasía y bien regado, se convirtió á los pocos años en una rica hacienda de frutos regalados y valiosos que contribuyó no poco á la prepotencia de la Orden.

Un propietario opulento, de hábitos rudos, aunque de raza noble, tomó posesión de los terrenos inmediatos con el andar del tiempo, y fundó en ellos otra gran hacienda llamada «San Miguel» por razón del Santo á cuyo patrocinio la entregó, levantando al efecto una capilla al lado de la casa en que él había de habitar.

Esta hacienda se alza aristocrática en el centro de un valle hermoso. Las cadenas de montañas ondulosas que decoran sus horizontes con una infinita variedad de curvas, conos y colorido, dan al paisaje una belleza que en su realidad misma parece ideal, y que se poetiza con solo la luz que lo refleja en la pupila. Mil asperezas lejanas, atestadas en sus hon-

duras de una vegetación adusta y salvaje, forman un fondo cuyo efecto se hace sublime por una faja espléndida de nubes, que veteadas como el nácar, envuelven la base colosal de los picos de la montaña. Como si esos vapores fuesen demasiado humildes para osar subir más alto á nublar la frente de la montaña, dejan siempre lucir limpia y desnuda en medio de los diáfanos resplandores del Cielo, la corona de crestas áridas y arrogantes con que se ciñe.

Sólo la mano prepotente de Dios, y el cóndor, se ponen sobre sus alturas.

El déspota de los desiertos americanos con sus hábitos salvajes y su fiera grandeza, es el único ser creado que puede mirarlas desde arriba. Después de haber girado mil y mil veces sobre ellas, mirando por encima de sus alas con desdeñosa majestad el espacio y la tierra, suele posar con negligencia sobre el más elevado de sus picos.

No contento todavía el Divino Artista con revelar así en aquella tierra su inagotable fecundidad, ha derramado la nieve por esos picos y pendientes, que, como si fuera una cabellera helada de canas, sienta maravillosamente á la secular montaña de los «Andes».

Por el Oeste la hacienda se recuesta sobre una cerrillada cubierta de bosque; y por el Oriente mira de faz las Cordilleras. A la caída de la tarde, dando el sol sobre las nieves, refleja sobre el valle los colores vidriosos del prisma, que no es dado á la pluma reproducir. Pingües potreros de feracidad mentada y vasta extensión ocupan una llanura erizada de cerros con bosques y bañada por un riacho que pasa correntoso por entre los declives; de modo que la belleza va unida, en estos terrenos, con una singular valía para la crianza de ganados y las sementeras. Tales son los campos de «San Miguel».

El caserío que habitaron los nobles propietarios de estos campos, es un edificio extenso y bajo, que presenta un aspecto monótono y grave; su basa es un cuadrado edificado por tres lados, vacío en el medio y abierto por el cuarto á la campaña, aunque limitado por un *palenque*, más allá del cual comienza el risueño tapiz de los sembrados y de las yerbas campestres. Dos costados presentan una fila vulgar de pilares de madera, que sostienen uno de los descensos del techo triangular de tejas que va corrido sobre todo el edificio como el capucho de un fraile. Entre estos pilares y la

pared reguladora del caserío, queda un espacio que forma corredores sombríos á donde dan todas las puertas de los cuartos. En la unión de estos dos costados, que forma ángulo recto, se interrumpe por el corredor; y se nota en la luz una puerta más ancha que las otras coronada de un pequeño campanario del que pende una campanita aguda y chillona, que sirve para convocar las pobres gentes de la hacienda á los rezos diarios y periódicos del catolicismo. En el interior, y frente á la puerta de entrada, se halla un altar sobre el cual se ve la imagen del Arcángel que patrocina la propiedad levantando su espada sobre el horrible «Diablo» que tiene bajo sus plantas.

Una arboleda de perales y de otros fructíferos exquisitos está en el costado fronterizo de la capilla cercada por una tapia que forma ángulo recto. Esta tapia es de adobe crudo y negro; y de las grietas que las cubren se alzan algunas de esas plantas mustias y raquílicas que aman el aislamiento y silencio de las paredes arruinadas, como si fuesen ermitaños de la comunión vegetal.

El centro del cuadrado es lo que se llama «El Patio» en las *haciendas* de Chile; especie de plaza que sirve para acumular y clasificar

los frutos del fundo, antes de almacenarlos ó expendierlos; y en él se reúnen también los inquilinos, ó *súbditos* del dueño, cuando se allegan á recibir sus órdenes, ó á prestar sus acatamientos.

La hacienda de «San Miguel», como las demás fincas hereditarias de Chile, es un mayorazgo; es decir: una propiedad rural que no puede venderse por razón alguna, ni salir de la familia en que se halla vinculada. El primogénito es su dueño exclusivo, sin que la ley ni la herencia se la puedan dividir; la hereda íntegra y excluye toda participación de sus hermanos y parientes. Esta posesión inamovible del terreno labrable de que goza cierta clase de familias, no sólo reúne en ellas toda la riqueza rural, monopolizando sus productos, sino que sirve de nervio á un inmenso poder político vinculado también en la «Costa Rica». Cada jefe de familia es una entidad local que tiene por tradición el sentimiento de su soberanía; es un autócrata en el recinto de sus campos; y esta especie de feudalismo pacífico y holgazán, forma en su conjunto y en sus complicaciones la ley orgánica del Estado. El propietario es el amo, porque es el rico; y el labrador es el siervo porque es el pobre. Y

como el primero es el dueño absoluto y vitalicio del terreno, la muchedumbre de pobres campesinos ha tenido que hacerse sierva para vivir y trabajar en él.

Los prestigios del lujo y del poder local, combinados con los hábitos tradicionales del quietismo que dominaba durante la época del coloniaje, hacían del rico una especie de patriarca inculto y manso en medio de la tribu sumisa de los campesinos que vivían en sus terrenos. Los temores de la rebelión jamás agitaron el alma de ese rico poderoso; jamás se había ocupado su mente de las teorías, ni la habían enardecido los grandes efectos de la patria ó de la humanidad; así es que la fiebre de las altas ambiciones nunca había animado sus miradas.

Devoto idólatra y sincero de todas las preocupaciones vulgares del misticismo, adoraba las formas sin comprender la idea, y vivía quieto é ignorante en la holganza que le brindaban sus riquezas, sin darle necesidades, ni sugerirle aspiraciones.

Una mujer inculta, sumisa y llena de bondad, con una ó dos docenas de redondos y fuertes muchachos, formaban su familia.

Las tradiciones del honor y del orgullo, que

estos niños respiraban desde temprano en la atmósfera de la hacienda, les daban cierto tono aristocrático y campestre de un carácter especial. Y como sus padres los abandonaban á sí propios con aquella bondadosa incuria del campesino americano, ellos crecían pronto y fuertes, adquiriendo una singular destreza para recorrer á caballo el valle y la montaña. La fuerza corporal les daba soberbia, y su ignorancia candor. Criados desde la infancia en las casas de la hacienda, que son una especie de corte ó capital en medio de la multitud de chozas desparramadas por el terreno; y adulados como herederos de la tradición y de la riqueza, se acostumbraban á ser altivos y exigentes desde que comenzaban á vivir. La hacienda es la patria para ellos, y el lugar de las tradiciones sacramentales y prestigiosas de la familia; conocen á palmos las quebradas y las honduras del cerro; y libres desde que sale el sol, vagan por entre ellas luchando con la naturaleza selvática que los rodea.

Pocos años antes de que la América del Sur se revolucionase para emanciparse de la España, habían nacido en la hacienda de «San Miguel», teatro de nuestra anécdota, tres niños y una niña, destinados á hacerse famosos

en los anales históricos del Río de la Plata y de Chile. Eran ellos aquellos célebres Carrera tan conocidos por el lúgubre papel que hicieron en las nuestras primeras guerras civiles.

Esta hacienda había pertenecido desde muchos años antes á su familia, y el espíritu aristocrático de que antes hemos hablado como tradicional en las familias ricas de Chile, se hallaba en ésta caracterizado con rasgos particulares de vigor y energía.

El padre de esos niños era un hombre honrado y pacífico, cuya extrema y bondadosa contracción á sus deberes domésticos fué siempre ejemplar. Sus hijos eran atrevidos y traviosos. La inquietud y la osadía de su carácter se había desenvuelto con libertad al favor de la vida de la hacienda con que habían nutrido su juventud.

Deseando el buen padre que el mayor de ellos, al menos, adquiriese los méritos y lucimiento que correspondían á la elevada posición que había de ocupar por su riqueza, le compró un grado militar en las tropas españolas; y lo envió á la metrópoli, creyendo haberle dado la dirección que convenía al genio audaz y un tanto petulante que asomaba en el alma de este joven, cuyo nombre era don José Miguel.

Los otros dos hermanos, que eran menores que él, se quedaron al lado de sus padres desenvolviendo cada uno el genio y los instintos con que habían nacido.

Juan José, el mayor de ellos, tenía un carácter impetuoso y taimado. Era tardo de inteligencia, pero robusto de cuerpo como un atleta. La más pequeña contrariedad le hacía bullir la sangre á borbotones hasta su cabeza; y desde que la masa cerebral era invadida por el líquido bullente, adiós discernimiento— el hombre se convertía en un toro furioso que armado de sus astas acomete automáticamente cuanto se le pone por delante.

La escasez de su inteligencia estaba compensada por la opulencia de sus pasiones irrefrenables; al paso que la exhuberancia de su físico y de sus músculos era tan grande, que no estaba en su mano tener á raya los impetuosos instintos de su carne. Juntaba á todo esto un corazón lleno de egoísmo, y una particular astucia para llegar á la satisfacción completa de sus apetitos.

Don Luis, el menor de los hermanos, era la antítesis de Juan José. Reflexivo de carácter, con un corazón noble, lleno de valentía y de moderación, tenía una figura hidalga y

gallarda, realizada por ese aire indefinible y de *buena laya* que revela al caballero en el más trivial de sus modales.

Así es que don José Miguel era el orgullo y el mimado de la familia. Su inteligencia viva, aunque efímera, dominaba y deslumbraba toda la casa, haciendo depositar en él las más lúcidas esperanzas. Como era el jefe nato de la tribu, tan vivo para concebir como para obrar, petulante y osado, hasta el buen padre le reverenciaba.

Juan José era temido; cuando *quería algo* se guardaban los demás de contenerlo ó contrariarlo. Aunque era amado de su padre y hermanos, no lo era con aquella adhesión que nace de la armonía moral entre las personas, sino con la reserva que da el temor de los choques, acompañada de la compasiva condescendencia que inspira una inteligencia menguada. Don Luis era el favorito de los subalternos, y contaba con el amor tierno de sus parientes á causa de su moderación y de su juiciosidad. Como á estas dotes reunía en alto grado el valor personal y la energía, todos le tributaban al mismo tiempo el más leal respeto.

A más de los tres hermanos había una her-

mana que se llamaba doña Javiera. Era preciosa como una pintura maestra. Llevaba en su belleza el sello de la soberbia; porque el orgullo y la soberbia eran las cualidades innatas de aquella familia. Esta señora reunía en su alma la indómita terquedad de Juan José con la brillantez fosfórica de José Miguel, y con la sensata energía de Luis. Era, pues, la más perfecta naturaleza de la familia. Pero era mujer.

Cuando la mujer tiene una voluntad despótica posee mil medios infalibles de dominio sobre los hombres de inteligencia y de corazón, por más tercos, por más obstinados que sean. Pero aunque tenga la fuerza centrípeta de cien voluntades y el prestigio luminoso de cien inteligencias, no alcanzará jamás á dominar sobre un hombre rudo, dotado de músculos y de fuerzas hercúleas. Esta es una gran verdad de experiencia; un hecho *matemático* y *moral* al mismo tiempo, que podría servir de punto de partida á una ciencia nueva: la *mecánica moral*, que por desgracia no ha fijado suficientemente la atención de los grandes pensadores.

De lo dicho se deduce que doña Javiera dominaba toda la familia, menos á Juan José.

Ella no tenía para éste más arma que la diplomacia mujeril; arma aguda é imperceptible como una aguja, filosa como una navaja, cuando cae en manos de una inteligencia experta y aventajada.

Doña Javiera luchaba siempre con Juan José; y lo vencía siempre al favor de mil medios indirectos, sutiles que obraban á la distancia. Esta lucha no era de odios ni de antipatías; era simplemente una lucha de caracteres enlazados por el amor y el parentesco, lucha latente, sin rompimientos crudos ni peripecias. Mas cuando Juan José se lanzaba, era menester darle campo, quitársele del paso, porque intentar someterlo y rendirlo era perderse.

A pesar de esta diversidad de caracteres que componían la *familia*, el espíritu del hogar, el espíritu de la *hacienda*, como un lazo vigoroso aunque invisible los reunía á todos en un solo ser, así como el espíritu de la tribu lleva la armonía aun á las más salvajes de entre las razas humanas, reduciendo á cierto límite los odios y los instintos destructores de la barbarie.

Doña Javiera no había encontrado su centro moral en el matrimonio; y hasta cierto

punto, se había emancipado de este vínculo mal hallado para ella, por medio de la energía, de la originalidad y de la independencia excéntrica de su carácter.

Pertenecía á sí misma, á sus hermanos y familia paterna, mucho más que á su marido, que era un pobre hombre manso y pío, poco capaz de fijar una naturaleza como la de su compañera.

Esta era adorada y obedecida en la hacienda paterna como la reina del lugar; era, por decirlo así, el centro de la atracción, el sol de la familia. La hacienda era su patria, su reino, su dominio feudal, su castillo; así es que vivía habitualmente en ella rodeada de parásitos, parientes, aduladores, enamorados, criados é *inquilinos*.

Tal era la situación en que Dios había hecho nacer á esta bella y elegante chilena; especie de Catalina de Médicis por su carácter, sus creencias y preocupaciones orgullosas.

VICENTE FIDEL LÓPEZ.

Una página

¡Una página, un pensamiento que figure en un libro de lectura, dedicado á ejercitar en ésta á los niños! No me la pidáis á mí, ni acaso á ningún hombre de los que se debaten en el gran estadio de la vida. Hemos olvidado ¡ay! si por ventura alguna vez lo supimos, el estilo propio para despertar la angélica curiosidad de la infancia por las cosas que pudieran interesarla, siendo útiles, en el albor de su enseñanza.

Sólo las madres poseen el secreto de iluminar la inocencia, atrayéndola con su inefable cariño. A ellas el secreto de elevar las almas desde los primeros pasos en la vida, fortaleciéndolas para el rudo combate. A nosotros, destinados á sostenerle virilmente, el homenaje del amor y admiración sin límites, á las que nos mecieron en la cuna, en la niñez nos educaron, y pusieron en nuestro corazón la semilla de su constante afecto y su virtud.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

Esquiú

Conocí á fray Mamerto Esquiú en la época más difícil de su carrera. En medio de una lucha ardiente de ideas y pasiones, su presencia en el obispado de Córdoba fué el anuncio de la paz, que debía venir de muy alto y anidar muy hondo en todas las almas. Rara vez habrán coincidido mejor los designios del poder temporal con los íntimos anhelos de la conciencia religiosa. Aquel hombre volvía sublimado por una peregrinación inaudita, sin precedente en los anales de este nuevo mundo, desde los bosques insondables de Bolivia, donde fuera huyendo de los honores con que persigue á los justos la vanidad, hasta el ara del Santo Sepulcro donde le condujo una fuerza inescrutable. Había escuchado á su Dios en la soledad augusta de la naturaleza americana, y quiso verter sobre la lápida secular del Cristo, «como óleo derramado», una lágrima silenciosa que condensaba una vida, un ideal, un sacrificio, un tesoro infinito de inteligencia y de amor.

Las primeras palabras dirigidas á sus fieles en la sencilla forma de la confidencia, predi-

lecta de los grandes espíritus, resonaron bajo las bóvedas con suave vibración desconocida, despedían perfume de cedro del Líbano y encendían en la multitud resplandores nuevos: era la plática inmortal de la montaña renovada á través de los siglos, impregnada de la misma unción, iluminada por la misma luz de sol poniente, que venía á ofrecer á los cansados un reposo, á los combatientes una tregua, á los perseguidos y desamparados justicia.

A veces su voz temblaba ó se interrumpía por la emoción intensa ó la fruición mística, insensiblemente transmitidas al concurso con la avasalladora influencia de una música lejana..... Esa tristeza vaga y dulce de las promesas ideales é infinitas, descendía desde la cátedra como las tenues sombras del crepúsculo bajan desde las cumbres á los valles, evocando la plegaria, la contemplación y los ensueños.

Ya no era el orador deslumbrante de la Constitución, no el filósofo y maestro de la doctrina, no el sabio é implacable juzgador de las discusiones civiles: era el pastor apacible que cuenta las bellezas de la selva, los encantos de la armonía, los prodigios de sus visiones solitarias, cuando rodeado por la magnificen-

cia de la tierra y del cielo, ha sentido encenderse en su corazón esa grande hoguera donde todos los odios y las discordias se consumen, y cuyo reflejo luminoso señala á todos los hombres una sola ruta. Antes había anunciado á su pueblo la unidad indisoluble de la religión y de la patria; después había enseñado que las luchas de la libertad no deben cavar fronteras dentro de la tierra común; ahora, con los acentos melodiosos del arpa de David, describía la región suprema de la dicha y guiaba á sus hermanos por la senda invisible, hacia el trono de la única gloria verdadera, la de Dios, «que los mundos proclaman, que en el sol edificó su tabernáculo, traslada los montes, remueve el fondo de los mares y transmite su gracia y alegría á las mañanas y á las noches».

J. V. GONZÁLEZ.

Ultima conferencia inédita.

Señores: Cuando el incendio de las campañas griegas templaba el plectro de Homero, y su oído se inclinaba á recoger el soplo del número marcial, la generación humana era arrastrada bajo la estrella del Hermes antiguo: Hércules era su ciencia social: su historia y la teología la tela infinita de su ficción olímpica. Cada pasión tenía su genio, cada facultad su Dios. Cuando el Haravec peruano absorto ante el jeroglífico, descifraba sus quipus y entonaba sus trovas, fanático por la tradición del inca, refiriendo á la juventud en patriarcales asambleas, la grandeza de los muertos y las memorias de la patria, la raza de sus hijos, uncida á la espiga de oro, yacía bajo el signo del divino imperio, y enervaba sus fuerzas en las ondas sagradas del Titicaca. Era menester que la unidad de Dios y la simplicidad de la moral resplandecieran en las conciencias y que nociones correctas sobre la naturaleza racional se radicarán, para que el hombre, gravitando gradualmente sobre su propio centro, se proclamara á sí mismo pun-

to de partida y punto objetivo en los fenómenos sociales. Esta proclamación importa otra. Hay en el hombre una cuerda poética, que vibra cuando su arranque le inoculara un amor, y como todos los amores se hace dios. Los cínicos le llaman quijotismo, yo le llamo ideal; el alma tierna de Platón, no le alteró su nombre y le llamaba *amor*. ¿Cuál es el nuestro, señores?

Acudo á una prueba de evidencia, invocando vuestro sentimiento. ¡Vana pregunta! oigo que me gritan. Al hombre argentino no se le interroga por su musa, por su diosa y por su amor. Pregúntale más bien á la brisa de las cordilleras, á las llanuras y los valles americanos, á la majestad del Plata y á la onda mansa del Ituzaingó y el Rimac. Aplica tu oído al murmullo de la linfa. Su acento blando y angélico preludia la estrofa robusta de las pampas y las montañas, porque el rayo de la luz traza una sola imagen, evaporando la sangre derramada y abrigando el grito eternamente vivo de los héroes antiguos. ¡Preguntas por nuestro amor!

¿Por qué no interrogas la sombra de Varela, bajo cuyo amparo ha puesto su pueblo la frágil envoltura de un alma que tú amabas,

el alma de Sarmiento? (Sarmiento, hijo, que había fallecido en el Paraguay). ¿Quién, sino la libertad encanta la vida de los pueblos, cuyos viejos y cuyos niños saben morir como mártires?... Es exacto, señores. La libertad es nuestro numen, y ese amor no es sino la conciencia de sí mismo, divinizada por el sentimiento. Puede á veces desvanecerse entre las vaguedades del idealismo, pero su resorte es inmortal. Respecto de la historia, contiene dos inspiraciones supremas: una de forma, que es el método y determina la observación; otra de fondo que es su punto objetivo y fija su criterio en el personalismo. La historia discierne el lauro á la sociedad, al fenómeno, al carácter, que mejor fomente el desarrollo de la personalidad.

Tal ha sido, señores, el pensamiento que me ha guiado en los estudios que vamos á cerrar esta noche, y á su luz volveremos la vista sobre el camino recorrido para deducir un corolario y formular una doctrina. No traigo acentos latinos. Rechazo la epopeya clásica, que disuelve la verdad entre los vapores del entusiasmo. Al cabo de la odisea, una musa severa va á repetirnos el genio de los grandes hechos. Esa musa es la conciencia democrá-

tica, y dichoso de mí, señores, si al separarme de vosotros, puedo transmitir su eco en la santa pureza con que resuena en mi alma!

Señores: La historia del salvaje argentino se aniquilaba con cada individuo. Para investigar los preceptos consuetudinarios que los ligaban en tribus, no queda otro elemento, sino observaciones incompletas de los primeros conquistadores, y para darnos cuenta de sus ideas, tuvimos que rastrearlas en la estructura del Guaraní, lengua madre de estas regiones. Recordaréis, sin duda, nuestras conclusiones. Su estado civil era la plena barbarie, y apenas destellaba sobre su inmensa depresión moral alguna que otra adivinación inconsistente, cierto atractivo simpático hacia la familia, un arranque de muda sorpresa y de santa nostalgia hacia el desconocido infinito. *Ignoto Deo* era el tremendo problema religioso de la civilización griega. *Tupá*, ¿quién eres? la forma del misterio en la conciencia del Guaraní. Raza pacífica; pero de brío indómito, amaba su tierra como el león á su selva y la dominaba en paz. Diversas tribus errantes, llevaban en su misma vagancia el foco de mayor barbarie y el ímpetu guerrero;

pero la atracción patria, que es instintiva, resolvió en una pasión uniforme los caracteres de las razas indígenas, cuando la conquista ensordeció el aire con sus gritos de guerra y lanzó en selvas y pampas al aventurero exterminador. La lucha entre el indio y el blanco, fué un drama horriblemente vertiginoso, que no revistió la magnificencia de aquellas conquistas tan geniales como crueles de Méjico y el Perú: era el choque frenético del hierro con la flecha, del duro paladín de la España imperialista con el enjendro de la ínfima barbarie.

He dicho la España imperialista, porque, en efecto, la conquista no arrojó sobre el Río de la Plata, ni el generoso tipo del caballero de la Edad Media, ni el fosco enjendro de la España inquisitorial, que vino más tarde al Nuevo Mundo para quietismo y tormento de las ciudades. El conquistador de América, señores, no era el adalid, que arrastrara el sacrificio lleno de sueños de gloria, de amores y de trovas, reanimado por el idealismo de su vocación á la manera de Rolando y Don Quijote.

Era el soldado de Carlos V, educado en la violencia, irritado en la avaricia y el botín.

Su orgullo no tenía apoyo en el fondo territorial, que abonaba la arrogancia de la nobleza castellana, y la suprema atracción de su actividad eran, por consiguiente, las venas de oro que brillaban en los montes de América, la riqueza de sus entrañas y las metálicas arenas que la imaginación veía arrastradas en las ondas pálidas del río.

De parte del trono no venía la conquista mejor inspirada. Buscaba como sus fautores el vellocino de oro, riquezas y fuerzas que insumir en la monstruosa unidad imperial forjada á sangre y fuego en los campos de batalla.

Ningún sentimiento elevado é inmortal ardía en aquellos corazones, endurecidos por un siglo depravado que enervaba las conciencias y destemplaba los grandes resortes de la naturaleza humana. El siglo de Maquiavelo.

Ya os he dicho, que era el espíritu religioso de la conquista.

Señores: La cruz era para los españoles una bandera, á cuya sombra reconstruyeron su nacionalidad en la heroica reacción contra los moros: pero el espíritu cristiano, su mansedumbre, su santa claridad, ni vigorizaban el corazón, ni estampaban en el alma creen-

cias fecundas y excelsas. Su política y su creencia social estaban reducidas á un domesticismo estrecho, la idolatría del trono y sacudimientos ya amortiguados del fuero municipal, agonizante bajo la presión de Fernando y Carlos V.

Los peregrinos que colonizaron el Norte buscaron tierra en que radicar la libertad. Eran grupos de vencidos y de mártires, que enamorados de un símbolo apenas fulgurante sobre las borrascas de la historia moderna, sacudían el polvo de sus plantas al alejarse del mundo europeo que rozaba sus ilusiones y proscribía sus deidades. Traían adoración por la libertad y el germen de la sociabilidad venidera, apoyada en la industria, en la igualdad, en la preexistencia y la inmortalidad del derecho. Su alma estaba rasgada por el vago, el bíblico. Liviana y vaporosa su envoltura, daba paso al resplandor desatado del foco de la eterna moral, y en su pecho las tersas cuerdas del amor murmuraban un salmo plácido sin que mano las hiciera; era la sacra sinfonía del ángel y el patriarca. Venían tristes y se llamaban peregrinos. El sentimiento, cuando desborda, apaga la loca carcajada. Su misión era un apostolado, su peregrina-

ción una profecía. Sobre la igualdad y sobre el trabajo, sobre la nivelación proporcional de las condiciones sociales y el respeto al derecho en el detalle y en el individuo, levantaron colonias, cuya vocación democrática se consumó sin borrasca. ¿Admiráis los Estados Unidos? Yo también, pero contemplad el contraste de esta historia en la colonización del Sur, y llamo aquí vuestra atención, por que aquí está toda mi doctrina.

La ocupación europea fué acción libre en el Norte y acción oficial en el Sur. Reyes y aventureros buscaban en el Río de la Plata, como en toda Sud América, minas y esclavos, los primeros para ahondar la raíz de su omnipotencia, los segundos para reconstituir el feudalismo desmontado por el trono desde el siglo décimoquinto. Recuerdo haber demostrado mi tesis con el derecho colonial escrito, el pacto de Isabel la Católica con Cristobal Colón, las capitulaciones que organizaron la conquista del Amahuac y del Perú y las leyes fiscales de la Colonia. Me falta tiempo para reproducir detalles y os diré sólo una palabra.

Todos esos monumentos, señores, son otros tantos pactos mercantiles. Yo no leo en ellos

la aspiración gloriosa de César, ni siento la presencia de ninguno de los grandes resortes que caracterizan á los grandes conquistadores, y cuando trece gigantes (los reunidos del Gallo), capitaneados por Francisco Pizarro, vacilaban en seguir su temeraria enseña, el bravo no pulsó fibras nobles ni les trajo á la memoria la vanidad del heroísmo español.

Sus palabras son un sangriento epigrama contra la conquista: «Por aquí, les dijo, se va á Panamá á ser pobres; por allá al Perú á ser ricos. ¡Escoja el que fuere buen castellano!»

Los buenos castellanos escogieron y fueron al Perú..... ¡á ser ricos!

JOSÉ M. ESTRADA.

Aguinaldo

Traducido por la Srta. E. R. L.

El instituto A..., de Toulouse, fuera del gastado atractivo de la preparación de bachilleres, tenía, según sus prospectos, la virtud de ser una especialidad para la admisión en las escuelas superiores; y por eso nos encontrábamos allí una quincena de futuros candidatos á la Politécnica, á Saint Cyr y marinos, que trabajábamos las X en una clase aparte, mirando con un poco de desprecio, á los sencillos aspirantes al «Baccalaureatus», á los liberatos sobre todo.

La disciplina era, naturalmente, más elástica que en el liceo. Sin contar las salidas extraordinarias arrancadas á nuestros encargados, el permiso para ir al teatro, que era reglamentario todos los domingos, nos franqueaba la entrada del Château des Fleurs, en el boulevard. Se retiraba uno á media noche, la cabeza llena de visiones delirantes; y los días siguientes se empleaban en confeccionar cartas de ocho páginas, que mandábamos por los externos, y que eran dirigidas ¡ay! á quienes.

Nuestro inspector, hombre severo, sabía apreciar sin embargo, el modo de ser de la situación: comprendía que un exceso de celo, que tuviese por único objeto la expulsión de un alumno, sería aprobado sin entusiasmo por el director, y de ahí, que él no abusara nunca de sus medios de indagación.

Al volver al colegio en Octubre de ese mismo año, encontramos un nuevo celador en nuestra división. Se llamaba Poumarède, y el pobre diablo no podía tener peor facha. Era un mocetón de aspecto rústico, lampiño y tostado del sol, con el pelo cortado al rape, la cara huesosa y larga, derrengado el cuerpo. Hablaba con dificultad, tímidamente y con pronunciado acento bearnés. Llegaba á la sala de estudio trayendo debajo del brazo, abultados librotos con láminas, en los que se engolfaba frunciendo el entrecejo, y por él supimos que se preparaba para los exámenes de licenciado en medicina. Tuvo hasta la candidez de ofrecerse á d'Espaignac—nuestro «cacique», un morenito d'Agen, inteligente y travieso,—para enseñarle el Hotel Dieu, en un día de salida.

A causa misma de su paciente dulzura, el nuevo pasante llegó en seguida á ser para nos-

otros, un tormento; jamás se atrevía á quejarse abiertamente, bien fuese por bondad de carácter, ó por el temor de perder su puesto. Supimos por los externos, que una mujer joven, acompañada de una niña de corta edad, le esperaba de vez en cuando en el salón de visitas; y al saberlo, nuestra malicia de viciosos pilluelos trató de herir de una manera sutil y punzante, la fibra sensible de aquel corazón.

Las frases intencionadas, las preguntas de doble sentido, se cruzaban por encima de los pupitres. Una noche, al entrar al estudio, leímos esta línea escrita con tiza en la pizarra, por en medio de las ecuaciones: «¿Quién conoce á madame Poumard?» Enrojeció la víctima y, sin decir palabra, se fué á borrar aquella ineptitud.

*
* * *

Se acercaba Navidad, y bajo diferentes pretextos, según el humor de nuestros encargados, obtuvimos para la división superior, el permiso de asistir á la «misa del gallo», hasta las dos de la madrugada. Teníamos proyectado para la salida del baile, un ponche formidable, al cual algunas pollitas harían marco halagador. Con el espíritu empapado en este gran proyecto, casi nos olvidamos de atormen-

tar á Poumarède, durante la semana anterior á la fiesta. Hasta llegamos á preguntarle amigablemente á propósito del asunto que nos absorbía.

—¿Sabe usted bailar, señor Poumarède?

Titubeó, y bien pronto con una sonrisa de agradecimiento nos contestó.

—No, pero toco algo el cornetín á pistón...

Aquello fué todo un éxito.

Esa noche de francachela llegó por fin; desde las nueve, la división en pleno se encontraba en el encantador Château des Fleurs, deslumbrante de gallardetes y faroles venecianos. A fuera, un frío seco y picante hería la piel; pero apenas se entraba en la inmensa sala, llena ya de parejas alocadas, se sentía uno arrebatado bruscamente por esa cálida atmósfera de bailes, en medio de la baraúnda ensordecedora de la orquesta, colgada allá en el fondo, sobre un estrado.

Bien pronto nos perdimos de vista, buscando cada cual fortuna por su parte.

Las horas se deslizaron en estos descaderamientos insensatos; cuadrillas acrobáticas, alternaban con valeses íntimos, interrumpidos tan solo por tiernos intermedios en los «bosquecillos» del contorno. Ya tarde ví venir

afanado hacia á mí, al pequeño d'Espaignac.

—Te buscaba, me dijo azorado; ¿sabes quien está en la orquesta?... Poumarède!!

—No es posible.

—El mismo; nuestro Poumard, soplando en un cornetín á pistón. Ven, te vas á vencer.

Corrimos por la galería alta, que rodeando la sala, iba á parar á donde se hallaba la orquesta. Una galop militar rompía frenética el turno en ese momento: y el cornetín hacía cuantos esfuerzos le eran posibles con sus pistones, bajo la batuta del jefe, que, con todas sus fuerzas aporreaba con ella sin dar paz á la mano, encima de su atril.

Era realmente Poumarède en persona, con su eterna levita negra reluciente en los codos. De espaldas casi á la sala, se esforzaba por ocultarse detrás del trombón, cuyo tubo metálico tragaba y vomitaba, con un estrépito digno del juicio final. Volvió la cabeza un poco como si nos hubiera adivinado, y al encontrarnos poco menos que encima de su instrumento, quedóse de repente como petrificado, la boca abierta á tres pulgadas de la embocadura, los ojos extraviados.....

—Pero toque usted, caramba! gritóle fu-

rioso el jefe, ahuyentándonos al mismo tiempo con un ademán por demás amenazador.

Nos precipitamos en el barullo de la concurrencia, y todo el resto de la noche no hicimos más que llamar repetidas veces á los compañeros, que pasaban arrastrados por el torbellino de aquellos enmarañados bailes.

— ¿Has visto á Poumard?

Tal fué el estribillo de la cena que siguió después, y cuyos detalles, por lo demás, han quedado vagamente impresas en mi memoria.

* * *

Nuestra vuelta se realizó, según parece, bastante tarde y con actitudes borrascosas.

La división entera quedó arrestada para el subsiguiente día, que era Domingo. Como habíamos visto á Poumarède conversar con el inspector, antes de que nos fuese impuesto el castigo, quedamos convencidos de que el pasante nos había «soplado». Y nuestra ira, aguzada de hora en hora por los más exaltados comentarios, nos impulsó á vengarnos de ese «tipo sucio», haciéndole insostenible en su empleo.—«Poumard en cuarentena.»— Tal fué la sentencia que se le comunicó por escrito en la pizarra, y que veinte veces borrada, apa-

recía siempre otra vez. A sus observaciones, á la humildad de sus saludos, nadie contestaba.

Y para más, se pusieron en juego todas las miserias compatibles con la conservación del orden. Durante las horas de estudio, parapetados detrás de los atlas y diccionarios, se lanzaban gritos salvajes, se le disparaban flechas de papel, se le dirigían anónimos. D'Espaignac, malicioso y hábil como un mono, no escatimaba los inventos á cual más mortificantes. El «tipo sucio» lo sufría todo en silencio; únicamente parecía más triste y más consumido que antes. Su resignación, lejos de desarmarnos, se nos figuraba una hipocresía cobarde, que acabó por desesperarnos. Llegamos hasta afrentarle descaradamente; y nuestra burla rastrera no se detuvo ni aun ante aquel pobre y raído traje, con el cual, sin otro abrigo, volvía á su casa á través de la nieve y de la lluvia.

Una noche, la víspera de año nuevo, al volver al estudio después de comer, fuimos derechos á ver la pizarra, donde ya sabíamos que D'Espaignac debía haber dibujado la caricatura del pasante, adornado con su fatídico pistón. La travesura salió tan bien, tan chistosamente grotesca, que las carcajadas estallaron

como petardos. El, confuso y como atontado, con la boca abierta, se dejó caer en su asiento, mirando todo aquello con un asombro, que redobló más nuestras risotadas. Pero esta vez el desorden fué más allá de lo tolerable, y al ruido, se abrió la puerta y apareció solemne el inspector. Echó una mirada rápida al tablero, y después, con un movimiento de cabeza indignado é imperioso á la vez, hizo salir con él á Poumarède.

* * *

Al cabo de cinco minutos volvió éste á entrar, muy pálido, y con un no sé qué de cambiado en su actitud de perro apaleado. Se dirigió al tablero para borrar aquella cosa, pero de pronto se detuvo, encogióse ligeramente de hombros y fué de nuevo á encajarse en su silla, clavados los ojos en su manual de fisiología, cuyas páginas sin embargo dejaba sin recorrer.

Un gran silencio pasaba sobre la sala; nadie se encontraba á gusto; cada cual, después de mirar á escondidas aquel abatimiento, se sumergía más que de prisa en sus libracos ó cuadernos. Un suave crujido de botines que se oyó nos hizo volver la cabeza, y vimos á D'Espaignac acercarse de puntillas á la pizarra,

limpiarla de una pasada de esponja y ponerse en seguida á desarrollar una fórmula algebraica. Como nos levantáramos al sonar las nueve, sin hacer la bataholá acostumbrada, el celador, con un ademán muy suave nos invitó á tomar otra vez asiento; y entonces, con la vista baja, y un poco temblorosa la voz, nos dirigió las siguientes palabras, que estoy casi seguro de reproducir fielmente á pesar de tantos años como ya han transcurrido.

—Señores, me acaban de despedir. Este es mi aguinaldo de pobre. El señor inspector me ha dicho bien las cosas como son. Mientras sólo fuí débil é incapaz de mantener el orden se me pudo tolerar; pero según parece, he resultado ser ahora una piedra de escándalo. Se me ha visto una noche hacer un trabajo, que es incompatible con las funciones que desempeño aquí. Hay razón para ello, los alumnos que me han descubierto, el director que me despide, todos tienen razón. Creo que el ponerme en la calle es un buen ejemplo. A pesar de ello, el señor inspector á mi ruego, ha tenido la bondad de concederme permiso para que pueda dirigir á ustedes algunas palabras antes de retirarme. Quisiera disculparme, explicarles sencillamente como á jóvenes ami-

gos, eso que en realidad ha debido parecerles extraño. Me han visto ustedes una noche mezclado en una orquesta de un baile público: ¡qué lejos estaba yo de imaginarme que pudiéramos encontrarnos allí! En esa semana he tocado á razón de tres francos por noche.

Hizo una pausa, embargado un poco por la emoción; y como guardásemos siempre silencio, sin dejar de observarle con curiosidad, prosiguió en la misma media voz á la que se esforzaba por dar más firme entonación.

—Necesitaba veinte francos. ¡Oh! no vayan ustedes á perderse en conjeturas: es una imprudencia, una debilidad que ustedes no pueden comprender todavía. Tengo mujer y una hijita de ocho años. Aquí no gano más que sesenta francos por mes, y aunque mi mujer, animosa como es, trabaja con ardor, apenas si conseguimos salir á flote, como vulgarmente se dice. Este invierno sobre todo fué de prueba: la pobre se enfermó, y hubo necesidad de buscar recursos para que no careciese de fuego, de medicinas, etc.

Nos vimos apurados de veras. Y después yo no podía ocuparme en ninguna otra parte fuera de aquí á causa de mis exámenes. Una noche de la otra semana, que era mi día libre,

quise distraer un poco á la criatura, enseñándola las tiendas llenas de juguetes.

Fué un error, lo confieso; los niños no comprenden todavía que los pobres sólo deben divertirse mirando, pero sin desear aquello que ven. En la portada de un gran bazar iluminado, había una muñeca no muy grande, pero encantadora y primorosamente vestida. A mi hijita se le iban los ojos mirándola, bien lo veía yo. El precio estaba marcado arriba, veinte francos.

—Vamos, Minette, la dije, eso no es para nosotros.

Y tiraba suavemente de la pobrecita, que volvía la cabeza sin querer andar. Seguimos la calle arriba, pero al tomar la dirección para ir á casa Minette, mirándome con sus grandes ojos, me dijo:

—¡Oh, papacito, cuánto desearía tener yo esa muñeca!

Casi la reprendí, y apurando más el paso llegué á casa, irritado sin saber por qué.

Al día siguiente, vean ustedes lo que es la casualidad, al venir al instituto, encontré á un camarada antiguo músico de regimiento, quien me dijo:

—Hay que reforzar la orquesta del Château

en la semana de Navidad, ¿no sabrías tú de algún segundo cornetín? Inmediatamente y sin reflexionar me ofrecí para aquella misma noche; y no fué sino después, cuando yo me arrepentí. Pero lo había prometido, y contaba además con que mi escapatoria quedaría ignorada.

Recibí mis veinte francos, parte adelantados, la misma víspera de Navidad, y en el momento de salir de casa, dije á Minette: Sobre todo, mi vida, no te olvides de poner tu zapato delante de la chimenea; estoy seguro que el ángel de Navidad te va á traer tu muñeca.....

Lanzó un grito de alegría que me indemnizó de todas mis penas, mientras mi pobre mujer sin comprender aquello, nos miraba inquieta. La hice una seña para tranquilizarla y salí. Al pasar compré la muñeca, y con mi caja bajo del brazo llegué al baile, casi tan contento como ustedes mismos. Pronto los divisé, pero oculto como estaba en un rincón ¿cómo me había de figurar?... Tenía la muñeca debajo de mi silla, mientras ustedes bailaban. La angustia que experimenté al verme descubierto por dos de sus compañeros, nubló por completo la alegría de mi vuelta á casa.

A pesar de ello, cuando entré fuí á colocar delante de la chimenea apagada la caja abierta al lado del zapatito. Al otro día, los gritos de alegría de mi hijita me hicieron olvidarlo todo.

Esto es lo que quería decir á ustedes. Hice mal, sin duda, puesto que este paso impremeditado me arroja á la calle, aparte del escándalo que he causado. Espero, sin embargo, que ustedes me perdonarán.

*
* *

Al concluir, su voz estaba tan quebrantada que apenas se le oía. Entonces, y al levantarse ya para salir, en medio del gran silencio de la sala, un ruido extraño nos hizo volver la cabeza, y vimos á D'Espaignac que con la cara hundida entre sus dos brazos cruzados sobre la mesa, y agitado su cuerpo por sacudimientos convulsivos, lloraba sin consuelo.

P. GROUSSAC.

Adiós al Iguazú.

A mi hija Laura.

¿Será un rumor verdadero? ¿Llegarán hasta aquí las crepitaciones de las espumas? —ó es solamente una persistencia de las imágenes que despierta, de un modo reflejo, en el *Harpa de Corti*, la canción de las aguas? Siento arrullo de tórtolas y quejidos del viento; y al anudarse las ondas de zumbidos lejanos me parece oír como repique de campanas con lenguas de oro que hablasen al eco.

En la tiniebla del bosque cercano brillan intermitentes y fugaces las luciérnagas, mientras la luna, que culmina en el cielo, derrama en la noche su manto de luz.—Reina un silencio de mundo vacío, en el que se perfilan gemidos difusos, voz de sirenas y acordes extraños.

¿Qué dijeron las aguas cadentes al viento que pasa y se filtra en las ramas, sacudiendo las hojas, mientras baja el rocío, como lágrimas puras, ofreciendo á los rayos furtivos su espejo versátil?

¿Qué murmura el torrente lejano cuando besa la piedra por siempre dormida en el cóncavo seno?

¿Qué mensaje amoroso cuchichea al pasar la corriente del río?

¡Canta un ave en la sombra: ¡Urutaú! ¡Qué lamento infinito! ¡Qué dolor insondable!

Media noche.

¡Aah! ¿Erais vosotros, genios alados, silfos traviosos que, jugueteando en el rayo de la luna, veniais á atormentar el corazón, obligando á la mirada que nace en el cerebro y pasa por los ojos, á reconocer su impotencia para atravesar las masas de rocas y la ceja de bosque veladoras del cuadro sublime?

¡Mitos de siempre! ¡engendros paganos! ¿así os burláis de la vida sacudiendo el cascabel de vuestros ritmos aéreos en el altar de la fantasía?

¡Volad en torno mío, imágenes sutiles; tejed guirnaldas en el ambiente de mi tesoro, donde vuela la inmortal mariposa de los sueños azules, — y cuando el sol de la mañana evapore con el rocío vuestros contornos ideales como el aletear de los versos, penetrad en las arenas y en la montaña, y arrancadles la dureza del diamante, las rutilaciones del oro,

la nobleza del hierro, para que nunca, nunca, jamás se borren de la memoria, en vuestro seno, las imágenes de luz, de forma, de movimiento y de sonido que llenan mi tesoro en el ámbito en que vuela la mariposa azul de los sueños inmortales. Adiós! cataratas imponentes, que desprendéis, del fondo del abismo, cual nube de incienso, la niebla de la espuma!

¡Adiós melodías bordadas por hilos de aljófár, en el rumor inmenso de los himnos sonoros!

¡Adiós, fantasmas de color y de luz que os miráis en el sol que os dió la vida!

¡Adiós, Iguazú! engendro monstruoso de la belleza, de la majestad y de la gracia!

¡Solamente la Naturaleza podía concebirte en un sueño de amor, y perpetuarte en su delirio, como la perla de agua que corone con más brillo la hermosura de la tierra Americana!

E. L. HOLMBERG.

Boceto crítico

Las páginas maestras de Sarmiento son, sin duda alguna, en su extensa obra, las consagradas á la historia de su madre.

Ha puesto en ellas lo mejor de su inteligencia y de su amor filial, de ese santo amor que ennoblece y purifica el alma de los buenos. Sus asperezas se liman, las aristas cortantes de su carácter se suavizan y se ablandan al ocuparse del tema sagrado. Su alma fuerte y bronceada tiene mimos y delicadezas infantiles. La violencia de su ternura deslumbra como los resplandores de una llama brillante que caldea el corazón y pone en el relato una chispa de poesía. En la trémula emoción que palpita en su estilo, se sienten los sollozos oprimidos que anudan su garganta.

¡Noble y modesta figura, la de aquella anciana que se apoya como en un báculo en la rectitud y la pureza de sus principios, que se somete á la ley santa del trabajo para conseguir el pan de sus hijos, siempre igual, tranquila y afectuosa, sentándose en el estrado de

su sala descolorida y antigua para preparar los elementos de su tejido, discutiendo sus grandes combinaciones financieras con la *zamba* Toribia que le si ve de amiga, de sirvienta y consejera, ó conversando de gallinas, de telas y de cebollas con *ña* Cleme, el pobre de la familia, que inicia su pedido con un: «Pues, voyme yo», frase que repetía hasta que algún harapo caído en desuso, alguna cemita redonda y sabrosa, una vela si las había en casa, unos zapatos viejos, y allá por muerte de un obispo, un medio en plata, á falta de menores subdivisiones de la moneda, acudían á hacer cierto é inmediato el sacramental «Voyme yo», que no era al principio más que una voz preventiva!

La sencillez y la belleza de los mejores capítulos de Goldsmith en el *Vicario de Wakefield*, puede sólo compararse con la suprema hermosura de esta parte de los *Recuerdos de Provincia*. El sentimiento más dulce, expresado en la forma más ingenua, todos los tesoros de una sensibilidad conmovida, de un humorismo cariñoso cuyas lágrimas de enterrecimiento resbalan por el surco de una sonrisa, las delicadezas y filigranas de un espíritu que exhibe lo mejor de sí mismo y en quien

parece concentrarse el lirismo sentimental de Wordsworth, la imaginación exuberante de Richter y las tiernas confidencias de Renán, he aquí las condiciones que distinguen á los *Recuerdos de Provincia* y le señalan un puesto de excepción en la voluminosa obra de Sarmiento, por su índole especial, por la gracia de sus escenas y la savia de juventud que circula por sus páginas con el ardor y los sobresaltos de la sangre que hierve en las venas de un adolescente! Ese cándido poema es un oasis que consuela en la acción convulsa y tormentosa del gladiador infatigable. Se diría, que después de él, ha dado un adiós eterno á la alegría y á la tranquilidad del alma. Sorprenderemos más tarde la pujanza y la robustez de sus ideas. Su pluma, convertida en ariete, batirá sin tregua todas las bastillas. Pero nunca mejor que ahora veremos su alma ponerse al unísono del alma de las cosas, animándolas y penetrándolas, como en aquella sublime elegía del «Corte de la Higuera», cuyos dolorosos estertores parecen inspirados por la musa de Lamartine.

MARTÍN GARCÍA MÉROU.

La Magdalena

(FRAGMENTO DE UN POEMA INÉDITO)

¿Quién desviará la brújula cautiva
De su perpétua aspiración al polo?

Hay un poder tan sólo,

¡Aquél que está allá arriba!

¡Y él no aparta la brújula cautiva!

¿Quién desviará de su órbita la estrella
Que va siguiendo al astro eternamente?

El Dios omnipotente

Que la marcó su huella;

¡Y él no aparta de su órbita la estrella!

¿Quién cambiará la línea de la llama
Que sube sin descanso al firmamento

En las alas del viento?

El Señor que la inflama;

¡Y él no cambia la línea de la llama!

¿Quién volcará las aguas del Oceano,
Que en su lecho cautivan las arenas

Sin muros ni cadenas?

El padre soberano;

¡Y él no vuelca las aguas del Oceano!

¿Quién romperá los lazos del destino,
Que ligan en la vida y en la muerte
De dos almas la suerte?
Sólo el poder divino,
¡Y él no rompe los lazos del destino!

R. GUTIÉRREZ.

Grito del alma

Oye el sollozo desgarrado y triste
De los vientos que pasan....
De los vientos que pasan
Como las ilusiones de la tierra
Que no vuelven sus alas!

Escucha los lamentos de las olas .
Que gimen en la playa....
Que gimen en la playa,
Como el recuerdo de la dicha muerta
Que llora la esperanza!

¡Ay! que llora por siempre la esperanza!

Asómate á las puertas del sepulcro
Donde el cadáver calla....
Donde el cadáver calla

Como el secreto del amor maldito
Que se esconde en el alma!

¡Ay! que se entierra en el pesar del alma!

Mira el adiós de la partida eterna
Al través de una lágrima....
Al través de una lágrima
Que tiembla como el último suspiro
Que la agonía arranca!

¡Ay! con el grito que la muerte arranca!

Allí está el mundo de dolor supremo
Que el corazón desgarrá....
Que el corazón desgarrá
Cuando perdió en el cielo y en la tierra
La única esperanza!
¡Ay! cuando rompe él mismo su esperanza!

R. GUTIÉRREZ.

Por la Patria—Por la Ciencia.

Que marche la Patria respetada del Universo, llevando á su diestra las virtudes y á su siniestra las Ciencias.—*Vicente López y Planes.*

Algo más de medio siglo ha transcurrido desde el día en que el Dr. Vicente López y Planes, en una fiesta universitaria hacía votos por la radicación definitiva del espíritu científico en la República Argentina. Apenas si después de tan dilatado número de años podemos presentar como resultado de nuestros esfuerzos y tareas algunos ensayos que no son bastante á consagrar la índole profética de las palabras del ilustre hombre de Estado.

Más que un voto inspirado por el patriotismo, era la visión sincera del porvenir, era la nacionalidad asentada sobre bases firmes y estables, coronada con los laureles de victorias infinitas y llevando de su mano el cetro del progreso, lo que constituía el fondo y la verdad de aquél pensamiento que merece recordarse hoy más que nunca para oponerlo al mercantilismo que soborna las conciencias y evitar que éste prevalezca sobre las transcendentales especulaciones de la inteligencia.

Derroteros diversos y luminarias poderosas se ofrecen felizmente en la actualidad á todas las iniciativas y ambiciones legítimas. Conviene, pues, exaltar la aspiración de la ciencia para llegar á buen término, aprovechando á la vez la experiencia y las lecciones del tiempo que es maestro y revelador de las cosas humanas. Pero, mientras llega para nuestro país la hora en que se realice aquella aspiración, debemos darnos cuenta exacta del momento presente para no perderlo todo y echar cuando menos los cimientos del edificio futuro.

Los pueblos de la América del Sur se caracterizan distintamente en el fondo: los unos son movidos por muchedumbres tumultuarias y viven en la anarquía; los otros llevan en su seno el germen de la vida inquieta, resultado de la fusión de tendencias y razas diversas que luchan secretamente hasta que, establecido en definitiva el equilibrio, encuentren su razón de ser en la marcha orgánica de las sociedades constituídas. Y es un hecho averiguado que bajo tales influencias prosperan todas las ambiciones, todos los cálculos tienen cabida. Pregúntese sino á las naciones sudamericanas ¿cuánto han sufrido,

cuánta sangre ha corrido por sus campos y ciudades, cuántos años han detenido su progreso los caudillos levantados con la autoridad para ejercer su dominio feroz y avergonzar á la humanidad con sus actos de barbarie?

Si por fortuna para nosotros ya no sangran las heridas de antiguas épocas, conservamos, sin embargo, resabios funestos que es urgente desterrar.

La civilización europea transportada á nuestro país ha volcado en gran parte las costumbres primitivas; la evolución se ha hecho en medio de desgarramientos supremos como que entraban en debate tendencias opuestas, y después de cruentos sacrificios nos preguntamos todavía: ¿Estamos constituídos?

La República Argentina, satisfecha de su rápido adelanto material que la revuelve en una vorágine sin término, ha olvidado que la ciencia necesita labrar su sede soberana, y vegeta en una absoluta orfandad científica.

En el gran cuadro del progreso nacional, el lugar que debía corresponder á la producción intelectual está vacío ó poco menos; el estímulo es aquí elemento negativo, y absorbidas las fuerzas y las actividades por la fiebre

del fácil y rápido lucro, no se piensa más que en el aumento de la riqueza y se descuida el tributo que se debe á la investigación científica. Carecemos hasta de lo indispensable; la dirección de los estudios es insuficiente como lo demuestran las repetidas reformas proyectadas; los laboratorios se desarrollan pobremente y son poco frecuentados; la cátedra no siempre está revestida de autoridad; los centros científicos marchan en razón inversa de los sports, famosos por su envidiable prosperidad; la lectura seria y provechosa ha cedido el lugar al folleto ligero é insubstancial; la emulación de lo grande y de lo noble ha desaparecido ante las facilidades que ofrece un éxito sin lucha, y, para decirlo todo, el ambiente actual embarga el pensamiento, lo aprisiona y lo mata.

La inteligencia, pues, se encuentra sin refugio y tiende á atrofiarse. Su culto aplicado á las conquistas transcendentales se limita más y más, y ya sus altares van quedando desiertos.

Pero, á despecho de estos inconvenientes, hijos legítimos de una viciosa educación é inherentes á la actividad humana cuando se desarrolla al calor de pasiones no siempre

sanas y en una escena reducida, cabe esperar que el número hoy escaso de los trabajadores, irá en aumento hasta que formando legión se imponga como fuerza y como entidad eficiente en la obra del bienestar común.

Avellaneda lo ha dicho ya: «Pueblos apartados y nuevos, como el nuestro, no alcanzan á servir sino muy difícilmente de pedestal para llevar un contingente al movimiento científico; y las tentativas que en este sentido se han hecho no muestran sino la esbeltez y la lozanía del ingenio argentino. Falta como atmósfera la tradición científica que es una guía, y como elemento individual de preparación, la disciplina de los estudios superiores.»

Nuestra juventud como pueblo, puede invocarse para atenuar la ausencia de espíritu científico, pero es doloroso convencerse de que la escuela de la molicie progresa rápidamente.

De las delicias de Capua á los rigores de la Universidad, media un abismo,—abismo cuyos peligros ha expresado Lacordaire, con estas palabras: «Se olvida, se adormece, se embriaga; el veneno lento de la molicie detiene todos los resortes de la actividad; y el ser que no es nada sino por la actividad, se disuelve poco á poco en la ignominia de un sueño laxo.»

La molicie es planta que encontrará entre nosotros terreno preparado para arraigarse. Sus peligros se diseñan y marchamos á buscarlos con loco deleite. Es la inconciencia de un desastre evidente.

La vida fácil subyuga y seduce al espíritu inclinado por lo general á eludir el estudio de problemas serios. La indolencia de los más arrastra á los menos, y desaparecen así fuerzas que podrían dirigirse en favor de la reacción.

La malevolencia hermanada á la indiferencia contrarresta las pocas influencias que quedan. Las iniciativas fracasan por falta de estímulo y un grave peligro amenaza al pensamiento argentino: la esterilidad.

Para evitar que prevalezcan los malos, es necesario que la acción y la fuerza de los buenos sea dirigida en el sentido de remover obstáculos comunes hasta su eliminación definitiva. Es un imperioso deber aunar las energías hoy dispersas y reconcentrarlas en favor de esta idea: servir á la Patria por el estudio y la práctica del bien.

A los jóvenes estudiantes que frecuentan las aulas, inundada el alma de esperanzas é ideales, se les debe inculcar la noción de que

su primer pensamiento como ciudadanos, será labrar la grandeza de la tierra que los vió nacer y que esta grandeza sólo llegará á ser efectiva por la moral, la inteligencia y el trabajo de sus hijos.

Para conseguir estos resultados que serán mañana patrimonio obligado de todos los argentinos, debemos fomentar la vida intelectual, hoy tan precaria en este país. Y ningún medio más eficaz para esto que la Escuela, ese laboratorio en que se germina la nacionalidad futura.

Por su plasticidad, el espíritu del niño se presta admirablemente á todas las impresiones, á todas las sugerencias generosas de la enseñanza bien dirigida. Compréndese entonces cuán importante es la misión educadora del hogar y de la Escuela: el primero es foco de todas las virtudes, la segunda tiene por norte la Patria.

Si queremos que nuestros hijos sean dignos ejecutores del testamento de nuestros antepasados que tuvieron la visión del porvenir, conviene que se desarrollen y crezcan repitiendo la divisa que ha hecho inmortales á los institutos franceses:

Por la patria—Por la ciencia.

SAMUEL GACHE.

La Historia Argentina.

Los recuerdos que yo tengo de la escuela, son vagos y confusos. Mi memoria conserva muy presentes las salas donde funcionaban las clases; conoce el vasto patio, el pozo, los árboles, los detalles todos de la vieja casa, allá en el viejo pueblo donde se pasó mi niñez; las buenas maestras están ante mis ojos y veo los trajes que entonces usaban..... pero ahí se detienen mis recuerdos preciosos: lo demás es vago y confuso.

Sin embargo, hay un momento, una idea de mi vida de colegial, que no se borrará jamás de mi memoria. Esa idea me ha hecho pensar mucho siendo hombre; y, llegado á convencerme que debe buscarse siempre que se presente á la imaginación de todos los que frecuentan las escuelas argentinas, á fin de que, si ello es posible, los actos ulteriores de su vida de ciudadanos se ajusten á la impresión de esa primera idea, á las explicaciones que de ella se formulen y á los ejemplos que la han originado.

Era muy niño todavía cuando comencé el estudio de la historia patria; la maestra dictaba lecciones que nosotros escribíamos, y poco á poco se llegó al momento grandioso del 25 de Mayo, y conocí los sucesos posteriores.

Para mí: Saavedra, Moreno, Belgrano, San Martín eran símbolos de algo sobrenatural, que no me imaginaba con forma humana. Yo no concebía á esos próceres—tendría siete años—como hombres á semejanza de todos los hombres que veía en mi casa y por las calles.

Tenían algo de dioses esos seres que arrasaban al pueblo, destronaban al virrey, ganaban batallas, trasponían la montaña y encendían la luz de la libertad en medio continente.

Así los imaginaba, y como á dioses les rendía culto mi ingénuo patriotismo de siete años.

Pero un día—no sé por qué—yo pensé en Saavedra, en Moreno, en San Martín y en Belgrano; se iluminó mi inteligencia, comprendí que habían sido hombres como todos. ¡Me asombré al pensar que como yo mismo habrían estado en la escuela!—y entonces, me surgió la idea de preguntar por qué habían sido distintos á todos los demás y qué

había de hacerse para imitarlos, para alcanzar como ellos la gloria y el renombre en la historia de todos los tiempos.

Las respuestas fueron complicadas y no entendí mucho de ellas; pero sí recuerdo que se grabó en mi memoria desde entonces, que todo ciudadano, todo hijo de la patria argentina le debe su sangre, su inteligencia, las preocupaciones y los desvelos de su vida toda. Desde entonces, yo sé que San Martín y Belgrano, Moreno y Saavedra, fueron grandes y merecen eterno reconocimiento, porque fueron honrados y valerosos, y pusieron todas sus facultades al servicio del suelo que los vió nacer.

Ese recuerdo de la infancia me ha revelado después que la enseñanza de la historia argentina, inteligentemente hecha, es el gran ejemplo; la fuente inagotable, el manantial purísimo donde deben beber los hombres y los niños.

Allí se aprende la austeridad, la honradez, el verdadero y sublime patriotismo que templó el alma de Moreno, hizo á Belgrano militar brillante y á San Martín le dictó el acto de desprendimiento más grande, quizás, que conoce la historia contemporánea.

HORACIO BECCAR VARELA.

Golondrina y Cucaracha

Había en mi pueblo, á espaldas de la iglesia, una punta de barranca altísima sobre el río Paraná. Desde su pie avanzaba hasta la lengua del agua, honda y correntosa allí, una playa sombreada por sauces robustos y colgantes.

Los solares estaban cubiertos de árboles silvestres, de higueras chumbas, cactus y zarzas, que dan su fruto espinoso. Se bajaba á la playa de *Los Sauces*, como decía el pueblo al inolvidable sitio fresco de su estival recreo, por una senda tortuosa y casi vertical. Los chicuelos descendíamos despeñadamente por allí de diario, ó repechábamos hipando; y á menudo peligraron nuestras vidas en los troncos y en las ramas cuando asaltábamos los nidos y las frutas.

GOLONDRINA era muy pequeño aun, pero robusto y activo. Se distinguía en la escuela por su inteligencia y bondad. Era huérfano de padre y vivía con la madre, llamada Malvina, en un rancho de material y techo de

paja, de una sola habitación, en un solar inmediato al precipicio.

CUCARACHA era otro chico vecino, de diez años, fuerte, audaz, malhablado, largo de manos y ratero. De clara inteligencia, pero de incorregibles instintos, rara vez aparecía en la escuela. Era hijo de un cazador de tigres y de una buena mujer, moradores de otro miserable rancho cercano, oculto entre las zarzas y los arbustos.

Conocían y odiaban á CUCARACHA los niños y muchas personas mayores del pueblo. Todos los chicos llevaban cicatrices suyas, con excepción de GOLONDRINA. ¡Con él no reñía jamás! GOLONDRINA lo amaba como á un hermano, y con lástima. Le curaba los rasguños y heridas que recibía en sus peleas diarias, le prestaba centavos de los que arrojaban al atrio de la iglesia los padrinos de los bautizos, y varias veces lo ocultó á la partida de plaza debajo de la materna cama, de cuja de rústico palo y de lecho de cuero de vaca, al natural. CUCARACHA era insensible á todo afecto; pero respetaba misteriosamente á GOLONDRINA.

Una mañana, al alba, GOLONDRINA encendía fuego, en el reparo que formaba la pared

del rancho, cuando oyó la voz chillona de CUCARACHA, que avanzaba entre los arbustos, gritando entusiasmado:

—«¡Golondrina!... Golondrina!...»

Corrió éste hasta la ramosa cerca natural de la casa y encontró á CUCARACHA que añadía:

—«Hoy fusilan al indio POTRILLO... Vamos á ganar lugar en el caballete de la tapia...»

—«¿Por qué lo fusilan?»

—«Por traidor á ROZAS... anda en tratos con los *gringos*... Vamos... GOLONDRINA... ligerito... ¿Qué esperas, pavo?... ¿No oyes los clarines?... Mira los cascos relucientes de los dragones del coronel Baigorria!... ¡Fíjate!... ¡Qué caballos!... ¡Qué sables!... ¡Qué música!... Ya pasan la esquina de Bacho... ¡Corramos!...»

Y se precipitó barranca abajo, gritando:

—«¡Por el camino de las ceibas, hermanito!»

GOLONDRINA corrió detrás, y al pasar la cerca de zarza por el portillo inmediato, una espina punzó su carne, desgarrando la vieja camisa de zaraza rosada que la cubría. Se detuvo... vió su fuego casi apagado, y regresando con honda tristeza, gritó:

—«CUCARACHA... A... A... me quedo á calentar agua para mamita, que está enferma...»

En ese instante todos los clarines del regimiento ahogaron su voz, arrastrando la turba delirante de los chicuelos del pueblo.

Ocho días después, GOLONDRINA había pescado, á la sombra de los sauces, uno de los pejerreyes más grandes de que hubo noticia en mi pueblo.

Marchaba rebotante de alegría con el pescado enorme y nacarado sobre el hombro, cuando oyó repetidos cañonazos cercanos hacia la isla del FRANCÉS. Recordó entonces que desde temprano resonaban más lejanos en el río, y que él los había creído truenos. Innumerables vecinos á caballo y á pie, armados y sin armas, corrían desahorados abandonando el bajo y le gritaban:

— «Ligerito, GOLONDRINA, que vienen por el río unos barcos de fuego!...»

Las campanas de la iglesia picaban la hora de oraciones en ese instante.

GOLONDRINA trepó con otros á un sauce enhiesto y divisó cosas jamás soñadas y que su imaginación no acertaba á comprender.

Era un enorme buque rojo, con luces resplandecientes, que arrojaba fuego y humo, y corría sobre las aguas, sin velas, con estrépito asombroso.

El primer vapor que navegaba el río Paraná pasó aguas arriba sin hacer daño y se detuvo frente á la bajada de la Aduana. El pueblo se dirigió con emoción indescriptible al lugar del fondeadero; y los chicos organizaron un batallón con gorro de papel y fusiles de gajos de sauce para correr hacia el misterio, al son de una cacerola-tambor, en la cual batía marcha el comandante CUCARACHA.

Llamaron á GOLONDRINA. Este vacilaba... Algunos zurrapas intentaron arrastrarlo á las filas. GOLONDRINA, rojo de pena, rasguñado y con la camisa hecha jirones, pudo zafarse de las garritas de la banda, y recogiendo su peje-rrey estropeado, subió jadeante la empinada barranca, mientras la tropa bullanguera y retozona le gritaba entre silbidos estridentes:
—«¡Flojonazo! ... ¡Porteño franchute! ...
¡GOLONDRINA!...

Este miraba enajenado el buque misterioso y el grupo, sin escuchar las injurias. Con los muchachos y los monstruos iba su alma; pero pensaba también en su pobre madre enferma...

Ella continuaba, en efecto, postrada en cama y sola.

—«GOLONDRINA, dijo con apagada voz al

verlo en la puerta del rancho, no hay que comer, ni tengo dinero. Si vas á decírselo á doña Eulogia, ella nos servirá hasta que yo sane...»

GOLONDRINA avanzó hacia el lecho de la madre alzando en alto su hermoso pejerrey, y contestó:

—«Ya lo sabía, mamita;..... pero he pescado para dos días y ayer hice una balandra que el pulpero don Belo me ha comprado en un real... Te traigo yerba, azúcar, velas, pan y arroz... y nos queda un medio para la otra semana...; Oyes, mamita? En el puerto anda el Demonio...; Qué cosas horribles, mamita!... Buques grandes, muy grandes, grandotes y colorados, que corren sin velas echando fuego y humo sobre el río... Dan silbidos que dejan sordo... Los muchachos han ido á verlos...»

La madre conmovida, en agonía, estrechó al noble niño en los brazos y lo cubrió de besos. Una de sus lágrimas cayó sobre la cabeza revuelta de GOLONDRINA, como una bendición del Cielo, y la pobre enferma murió esa noche en la miseria, acaso de hambre!...

Veinticinco años más tarde el señor Gobernador de la Provincia visitaba los departamentos y se había detenido en mi pueblo. Ocupaba

allí el despacho de la jefatura política, rodeado por los ministros y edecanes, cuando le anunciaron que una mujer del pueblo pedía entre sollozos ser oída.

Al mismo tiempo sonaba en la plaza inmediata el redoble del tambor, ruido de manejo de armas y una voz imperativa que concluyó de hablar así:

—«¡Pena de la vida al que pida gracia por el reo!»...

Reinaron momentos de solemne silencio en el despacho del Gobernador. El edecán esperaba respuesta al anunciado ruego y habiéndolo otorgado S. E., una anciana llorosa y demacrada corrió á prosternarse á sus pies.

—Señor, exclamó abrazándole las rodillas, por la memoria de su santa madre, que vucencia amó tanto, salve á mi hijo, condenado á muerte!... Fué el mejor amigo de vucencia, cuando vucencia pescaba en *Los Sauces* para la pobre MALVINA!...

El Gobernador, hondamente conmovido al escuchar el nombre venerado, dispuso que trajeran á su presencia al reo.

—Lo sacan ahora mismo de la capilla, replicó el edecán de servicio, y llega el piquete que lo conducirá al banquillo.

—Ordene, capitán, que se detengan y que venga el reo á mi presencia, repitió el Gobernador...

Momentos después se oía cerca del despacho el ruido de los hierros movidos por el paso lento y rítmico. El condenado, de semblante feroz, de barba inculta, y pelo sucio y enredado, sostenía tembloroso la cadena de los grillos con una mano y el sombrero en la otra. Entró cabizbajo: pero al fijarse en el semblante del Gobernador, cayó de rodillas y gritó sollozando:

—«¡GOLONDRINA!... ¡Hermanito de mi vida!»...

El Gobernador dió varios pasos hacia el reo, murmurando con acento entrecortado: «¡CUCARACHA!»

El señor Gobernador usó de su derecho de gracia para salvar la vida á CUCARACHA, condenándolo al servicio militar perpetuo en un cuerpo de línea. Al día siguiente llegaron de Buenos Aires, el *Pampero*, el *Hércules* y el *Guardia Nacional*, con una división de tropas en marcha al Paraguay, con cuya nación estaba en guerra la República Argentina.

CUCARACHA fué conducido engrillado, en un

carrito, á la plancha del *Pampero* y entregado al jefe de las fuerzas.

El 22 de Septiembre de 1866, el ejército argentino se esforzaba, bajo una lluvia de fuego, por salvar los fosos y escalar las murallas de Curupaity. Un soldado logró subir á ellas, antes que los otros, y de pié, rodeado de paraguayos furiosos, agitaba el fusil en una mano y la gorra en la otra, gritando electrizado :

—«¡Viva la Patria!... ¡Viva GOLONDRI-NA!»...

Acribillado á balazos, cayó al foso y cuando sus camaradas se retiraban en derrota, oyeron, como voces entrecortadas de moribundo, un lamento lejano que decía:

—«¡Gol... on... dri... na!»...

E. S. ZEBALLOS.

La Conquista de América.

CORTÉS Y PIZARRO

Cortés es la más viva personificación del aventurero de iniciativa, de valor y de perseverancia. Una casualidad le impidió unirse á las legiones que en Nápoles mandaba Gonzalo de Córdoba, cuyas caballerescas proezas le seducían; otra casualidad le impidió ir con Balboa y Pizarro á la desgraciada expedición de Ojeda, y fué entonces que, ayudado por Ovando, acompañó á Velázquez en la conquista de Cuba, dando así el primer paso de sus futuras empresas. Llegado el momento, no vaciló, y se lanzó á la guerra, dice él mismo, como Gensérico, que creía ir hacia los pueblos que Dios en su cólera quería castigar.

Precipita la expedición temiendo se la arrebatasen, antes de partir; la suerte le sonrío por doquier: baja en Jabasco, y á sus caballeros los creen centauros, y á sus soldados, *tenles*, y á él, hijo de Quetzalcoatl. Aprovecha el error, lo explota en su favor, gana á las tribus subyugadas, las estrecha por crímenes á una alianza indisoluble, las lanza adelante en

la pelea, pregona su poderío, hace alarde de su invulnerabilidad y de prepotencia de su artillería, seduce á sus soldados por el premio del oro y por la promesa de la gloria, destruye sus naves para no dejar otra alternativa que la victoria ó el sacrificio en la piedra del texcatl, penetra á los templos, pisotea á los ídolos y coloca otros sobre su antigua base, apresa al emperador en medio de su corte, construye catapultas y torres con el genio de Scipión Emiliano para improvisar elementos, quema á los príncipes, tortura á los reyes y luego los mata, asedia, incendia, destruye, vence en medio de peligros, reedifica, organiza, deshace pueblos para fundir una nueva nación y ofrecerla á su rey, se apodera del tesoro de los dioses, guarda para sí las cinco esmeraldas de Mexitli, talladas primorosamente por los mejores artífices toltecas y derrama el oro hasta hacer millonarios á sus soldados, esclaviza, perdona y asesina como si el crimen debiera compartir su gloria, y realiza en cinco años de peripecias, episodios y cambiantes, la más valiosa conquista del nuevo mundo. Incansable en la lucha, emprende una nueva expedición al suelo ignoto que le amenaza con sus misterios, recibe honores y distincio-

nes, vuelve sin poder saciarse, pero ve á su estrella apagarse, y muere, mal herido, casi olvidado, como Colón. No la justicia, sino la ingratitud había empezado para él antes de su última hora.

Esa vida agitada y múltiple fué fugaz como el lampo de su espada en las batallas. La discordia le abrió las puertas de una nación compuesta del conjunto informe de razas rivales, y penetró á ella en aras de su ambición, creyéndose impulsado por su propia fe. No fundó nada, porque era el tipo genuino de una raza brutalmente conquistadora; destruyó, asoló, transformó, y satisfecho de su obra, dijo: « ¡Esta es mi gloria! » — Fué un azote en el valle fecundo del Anahuac, la tierra clásica de la civilización autóctona, un azote inflexible, tenaz, enérgico, con el frenesí iracundo del valor ensobrecido y las raras anomalías del carácter. Bastábale el temple, y fortaleza no le faltó en los trances apurados. Más soñador que inspirado, fué el mimado de la suerte, y su genio no fué otro que el genio temerario de las aventuras. Pero para el tiempo en que luchó y las tendencias que le guiaron, la conquista del Imperio le dió un nombre que ha de sonar todavía como el nombre del capitán

más constante, más suspicaz y más afortunado de su época.

Su émulo en el sur es Pizarro. Fué oscuro su nacimiento, su infancia y su juventud. Entregado á su destino, solo en el mundo, se desarrolló, vagó incierto, sin rumbo y sin impulso, tuvo todos los vicios y todas las pasiones de un ser abandonado, y ya hombre fué impelido á su vez por esa ola fascinante que arrastraba con sus promesas á los desposeídos del porvenir. No se sabe dónde desembarcó primero, en qué expediciones tomó parte, cuáles fueron sus peligros y sus reveses, quiénes sus protectores. La historia lo encuentra por primera vez, fuerte y emprendedor, en la malograda expedición á la tierra de Uraba; luego se le ve á las órdenes de Balboa á través de las montañas para descubrir el mar del Sur, en seguida con Pedrarias en el Panamá y poco después en las excursiones contra los indios feroces de Veraguas.

Viene luego la conquista en que él fué protagonista. Es siniestro ese gran episodio: Francisco Pizarro fué una calamidad para el Juhuantinsuyu, y su patria no ha de vanagloriarse de haber poseído ese guerrero. Fué el héroe de las guerras bárbaras, el héroe

sombrío que exterminó una raza, sin piedad, fría y cruelmente.

Estos nombres que pasan á la historia, rodeados de una aureola sangrienta, no conservan otra inmortalidad que la de una gloria vana, y son tan funestos, que al repetirlos vibra el eco de las maldiciones pasadas. Pizarro sólo tuvo el mérito de un carácter audaz y perseverante. Su obstinación por ir en busca del Perú, — nombre de río, de pueblo ó de indígena, — que expresaba seguramente el de un imperio opulento, los trabajos continuados que supo sobrellevar y que no le desalentaron, su permanencia en la Gorgona, su llegada á Jumbes, su sin igual osadía en acometer la empresa con los limitados elementos de que disponía, y la travesía de las desconocidas montañas, son los títulos ilustres de este valiente aventurero, siempre coronado por el éxito. Pero desde el día en que, descendiendo los Andes, penetró al valle de reposo de los Incas, su vida se empaña con las crueldades, las rapacidades y los grandes vicios.

Más ignorante que supersticioso, prohió la muerte de Atahualpa por lisonjear las bajas pasiones de sus soldados; holló el Cuzco como un flagelo, profanó todo lo que tenía un tinte

de pureza, hasta á la vestal del convento incásico; dió libre expansión á los instintos de sus aventureros y se complació en degradar cuanto fué posible esa nación, enervada por la civilización quichua. Al empezar la conquista, Hernando de Soto, prudente, experimentado y hábil, fué su guía y su más sano inspirador, y al terminarla, Hernando Pizarro, el odiador y el verdugo de Almagro, aparece como el genio malo de todas sus obras.

Belalcázar llena una página de su historia con la conquista de Quito, y Alvarado forma la epopeya con la arriesgada expedición á través de las Sierras Nevadas, en que los soldados se despojaron sin pesar del oro que llevaban, para poder hacer frente á la guerra contra los elementos, superior á las fuerzas humanas.

La conquista del Perú fué audaz, afortunada y provechosa como ninguna, pero careció del heroísmo y de los peligros de la de Méjico. Aisladamente, Pizarro es el hombre de hierro de las hazañas: jamás le enfermaron ni los padecimientos ni las inclemencias de los variados climas de la región andina. Al ideal de Cortés, la guerra por la fe, él opuso otro género de cruzada: la guerra por el oro.

Fué de lucha su infancia, su adolescencia, su edad madura y su vejez; y murió peleando como los gladiadores romanos, con la espada en la mano, contra sus antiguos soldados, — trágico destino del hombre de los trágicos intintos. Avido y soberbio, muchas veces irresoluto, pocas veces generoso, en la fiebre ardiente de su mediocridad, ni con la posesión del más rico imperio del continente, creyó colmada su ambición desenfrenada. A sus oprobiosos defectos opuso cualidades que al investigarlas, se eclipsan desde el primer momento ante esa negra nube que surgió de la hoguera de Atahualpa, para caer luego sobre él como una pesada lápida, que ni los siglos podrán arrancar de encima de su nombre!

DIÓGENES DECOUD.

Monseñor Terrero

BRINDIS

Comprendo, señores, que hay muchos sacerdotes católicos que tienen en el mundo una misión en apariencia más difícil que la del doctor Terrero,—vinculado por su familia y por sus afectos á la parte más culta de nuestra sociedad,—que ejerce su elevado ministerio en un país extraño á las luchas religiosas y que no predica su doctrina, como otros misioneros, rodeado de privaciones y peligros, en pueblos de salvajes.

Sin embargo, no son inmerecidas tantas alabanzas, ni el dulce amor con que su nombre se pronuncia en los hogares argentinos; porque no es más meritorio difundir la religión entre los pobres y los ignorantes, que tienen el alma naturalmente preparada para recibir el consuelo de los beneficios espirituales, que atravesar inmaculado por un mundo rico y vanidoso llevando en los labios palabras de humildad y de perdón.

En la esfera social en que ejercéis, monseñor, vuestro digno apostolado, todo son ten-

taciones y enemigos: los placeres que proporciona la fortuna, las vanidades del espíritu y la arrogancia del poder y sólo se triunfa, como vos triunfáis; con mansedumbre y tolerancia, por el ejemplo de las propias virtudes y preparando dulcemente los espíritus para la fe. Pero cuando encendeís la fe en las inteligencias enorgullecidas por el saber, cuando enseñais la caridad al poderoso olvidado de las miserias humanas, cuando llevais la esperanza al ánimo afligido en medio de las riquezas impotentes, entonces, señor—como Jesús lo ha dicho en la forma inmortal con que expresaba sus divinos pensamientos—entonces, señor, hacéis pasar camellos por el ojo de una aguja.

CARLOS RODRÍGUEZ LARRETA.

Sarmiento y Avellaneda

Las diferencias de educación y de temperamento son causas más que suficientes para explicar los contrastes y desemejanzas de estilo que ofrecen estos dos escritores y estadistas, cuyo recuerdo se confunde en la memoria de sus conciudadanos merced al idéntico desvelo que mostraron uno y otro por la difusión y el mejoramiento de la enseñanza pública.

Vehemente y arrebatado el primero, cuando escribe da rienda suelta á las ideas y deja correr la pluma con una libertad rayana de la licencia; tranquilo y reflexivo el segundo, gobierna sus impulsos y calcula sus efectos literarios con el tacto y la maestría del artista consumado.

Rebelde á la disciplina en su calidad de autodidacta, Sarmiento atropella todas las reglas de la corrección gramatical y del buen gusto estético, yendo derecho á su objetivo sin curarse de borrar, de retocar y de pulir lo que ha escrito, sin detenerse á apuntalar algún párrafo que ha quedado bamboleante por faltarle la columna del verbo; respetuoso de la

tradición y de las convenciones, no sólo por carácter, sino por hábitos de universitario, Avellaneda medita los asuntos, profundiza los juicios, selecciona y condensa las ideas, las viste laboriosamente con el manto real apropiado á la nobleza de su alcurnia, pide á la retórica las galas más suntuosas para ataviarlas y las presenta á nuestra contemplación realzadas con la magnificencia de un ropaje esplendoroso y con el brillo de la más rutilante pedrería.

Sarmiento escribe como pensaría en alta voz hablando consigo mismo ó como charlaría ante una reunión de amigos á quienes se propusiera instruir ó sermonear. Sus lucubraciones tienen así todo el encanto, pero también todos los defectos de la improvisación íntima; á veces arroja centellas de talento y toca los límites de la inspiración más alta; en ocasiones se arrastra penosamente ó se interna en el campo de la vulgaridad chocarrera.

Avellaneda, por el contrario, pone siempre el mayor tino en mantenerse dentro de los términos del decoro social y de las conveniencias literarias. Sus cláusulas, primorosamente trabajadas, acusan la mano experta y la extremada labor del escritor de conciencia. Cuida

con esmero la cadencia de sus párrafos, que halagan el oído con notas y ritmos musicales y concreta sus ideas en imágenes deslumbrantes que evocan naturalmente, por la riqueza y brillantez del colorido, el mágico estilo pictórico de los maestros venecianos.

ANTONIO DELLEPIANE.

El Deber

— ¡Qué frío! — dijo el viejito al entrar al pequeño comedor de su casa. Venía acurrucado dentro de sus ropas, los dientes le castañeteaban, las rodillas le chocaban ya con ruido macabre, dentro de los pantalones demasiado amplios para sus huesos.

El ambiente tibio del comedor perfumado por el cariño, lo confortó. Levantó su cabeza cubierta con una galera empapada por la lluvia, y al través de sus gafas brillaron sus ojos celestes como dos estrellas, con un poder luminoso que no se le conocía desde los 25 años.

Su boca afeitada sonrió como la de un niño, con esa mansedumbre de los *que no tienen dientes!*

— ¡Mi viejo! — dijo la anciana desde su sillón.

Los nietecitos acudieron á rodearlo.

Aquello fué una fiesta de alegría. Secaron al pobre anciano, le calentaron á besos las manos que traía entumecidas, vino bajo sus pies un braserito que algún deajo tenía de benjuí, y después de la comida y de cuentos á los

nietos, el viejito tomó la cartera que había traído y se puso á trabajar.

Los nietos jugaban con bolitas á su alrededor; pero él, imperturbable, seguía trazando sus líneas. De pronto, con mano segura, puso su firma, cruzó las piernas flacas y macabres, y se rió con un sonido extraño de caña rajada.

La expresión de sus ojos y de su boca, era la del contento infinito.

—¿Por qué te ríes, papá? —preguntaron los nietos.

—¡Mis hijos! es que he concluído mi *deber*.

La explosión de carcajadas fué unánime en los chicos.

El mayorcito le dijo:

—Pero... ¿es que á tí te dan *deberes* como á nosotros en la escuela?

—Sí—contestó el buen viejo, sonriendo y besándolo.—Yo también tengo mi maestro y preciso es que cumpla con mi *deber*. Lo que ustedes hacen está en relación con su edad: hay que terminar sus *deberes* antes de presentarse al *maestro*; esas son responsabilidades que tendrán después: el deber no es más que la preparación para ser útil: serán médicos, ingenieros, abogados ó artistas: haciendo bien el *deber*, cumplen con su *deber* y cuenten que

en sus carreras, el deber es cuidar la salud, el honor, la vida, la seguridad y lo bello.

El deber en su resumen de curso se llama examen, en resumen de exámenes se llama profesión, carrera, vida, amparo y todo lo que la moral condensa: *amor* que no tiene más que este sello: — y dió el viejito un beso sobre la cabecita de su nieto.

—Vamos á ver, papá. ¿Quién es tu maestro? — preguntó el niño.

El anciano apuntó hacia arriba. — ¡Es Dios! dijo.

—Y su escuela ¿en dónde está?

—En todo el orbe, porque es la Naturaleza.

—¿Y qué *deberes* te da *ese maestro*?

— ¡Este! — dijo el viejito, cerrando su carpeta de trabajo. — Ya es tarde, váyanse á acostar.

Al día siguiente hallaron al abuelo en la cama, blanco, más blanco que nunca y sin calor.

Buscaron en su cartera y no hallaron más que un solo papel: su testamento, que la noche antes había concluído con pulso juvenil, dejando á los suyos en la fortuna, todo el esfuerzo de su vida.

Iba, pues, ante Dios con su *deber* firmado.

CARLOS GUTIÉRREZ.

Las voces de la selva.

Los árboles seculares han cubierto la llanura y suben en compactas procesiones por la falda de la montaña, unas veces inclinada suavemente, otras enhiesta y abrupta.

Las ramas de los cebiles, los pacarás y los abisos han sido invadidas por innumerables parásitos y epífitas que engalanan las horquetas de los árboles, las tillantias—las flores del aire—se envuelven en el perfume que brota de su seno, y los lorantos dan la nota del vibrante rojo de sus pétalos, que asoman como una mancha de sangre, en el verde follaje de la selva.

Un susurro indefinible, mezcla de aullidos y de cantos, de murmullos y suspiros, de arpegios, gemidos y lamentos, viaja sin cesar al través de las arboledas; y ora ese murmullo es el roce de la rama en que se ha posado un ave, ora es el golpe del leñador, del árbol que en el estruendo de su caída arrastra á otros más débiles, el cuchicheo de las aguas que se deslizan bajo las frondas de los helechos, la trepi-

dación de las chicharras, el cacuí que lanza su canción siempre quejumbrosa, siempre inesperada, ó un coro de zorzales, cuyos trinos son preludios de gorjeos en la hora del amor.

Algunas veces, *se oye el silencio*, porque en ese concierto mágico en que hasta las plantas parecen emitir sonidos extraños, hay momentos que son como intervalos, y entonces, en el mutismo de la naturaleza imponente se diría que sólo el espíritu está animado por que admira... y ora!

La pausa ha terminado. Una racha de aire estremece la selva, luego la sigue otra, y las alegrías que un instante enmudecieron vuelven otra vez á despertar.

Un nuevo sonido más armonioso aun entra á formar parte de la orquesta invisible. Es el aire que al cortarse en las hojas, las ramas y en los tallos de las infinitas lianas y enredaderas que cuelgan á todos lados, emite sus sonidos eólicos, inundando la selva de infinitas melancolías. Las hadas conversan con los silfos, al través de un rayo de sol vuela Psique con alas de morfo azul. Por todas partes hablan geniecillos, gnomos, fantasmas adivinados. ¿Qué dicen? ¿Qué místico mareo confunde su presencia con el esplendor de la naturaleza,

con el silencio, con la emanación de sus perfumes, con la irradiación de sus colores?

¡Oh! ¡Yo sé lo que se cuentan en su charla sempiterna, he sorprendido el secreto de sus historias sonambulescas!

Ellos son los precursores del olvido, á su lado se aplacan los rencores, se calman las pasiones, se sueña... se ama!

Cuando esté viejo y cansado, venid en torno mío, zorzales melodiosos. Envolvedme, hermosas enredaderas, con la pompa de vuestros cendales y no os importe que caiga sobre el cuerpo del bardo el tronco del gigante. Nueva vida habrá entonces en él. Otros árboles brotarán más lozanos.

Las aves entonarán nuevas canciones en las ramas, y vosotras las enredaderas volveréis á trepar y á suspenderos.

Venid conmigo los abatidos de la vida, los hijos del dolor. Para los que sufren y luchan, son el continuo cambiante de los paisajes, la alegre serenata de las selvas.

EDUARDO A. HOLMBERG (HIJO).

El Cacique de Hualfín

(EPISODIO DE LA GUERRA CALCHAQUÍ)

Corría el año 1659. El gobernador don Pedro de Mercado y Villacorta, rugiendo de coraje y despechado por la sangrienta burla del aventurero Bohórquez, el falso Inca, había movido el Tucumán, y con los tercios de todas las ciudades invadió el valle Calchaquí, paseando sus huestes triunfantes entre el humo de sus arcabuces y cañones, los resplandores del incendio y el reguero de sangre de las poblaciones victimadas.

Vencidos los tolombones y pacciocas, hicieron aliados suyos, y seguido por una turba de ellos, embistió el baluarte de los quilmes, pueblo heroico que supo resistir esta vez con bravura el empuje castellano, haciéndole pagar muy cara su osadía.

Don Pedro, impotente para subyugarlos, retiróse, pero ciego de rabia; y marchó precipitadamente á desahogar su furor al pie del Pucará de los Hualfines.

Las trompetas, los pífanos y atambores tocaron al asalto.

Los tercios españoles, henchidos de coraje, lanzaron su grito de guerra, y empezaron á trepar la falda del cerro, atronando el aire con las descargas de sus arcabuces y el estampido de sus piezas de artillería.

Los calchaquíes, desde lo alto, respondieron derrumbando montones de piedras que rodaban llevándose todo por delante y arrojando una lluvia de flechas cuyas puntas se embotaban en las armaduras de los soldados, ó quedaban clavadas en los parapetos de cueros de toro que los españoles habían aprendido á usar desde el principio de esa campaña.

¡El cuadro era imponente y salvaje!

Los ecos de los cerros repercutían, aumentados, el estampido de las armas, el zumbido de las flechas ó de las piedras de honda, el estruendo de las pirkas que se derrumbaban, el grito estridente de las tropas, el tañido lúgubre de los tantanes ó escudos de bronce de los hualfines, todo mezclado y confundido en un caos de ruido colosal.

Y como si esto no fuera bastante, los gritos de los cristianos y los alaridos kakanis elevaban alto coro de imprecaciones, apóstrofes, maldiciones y ayes, que era respondido en el cielo por el tétrico graznido de los cóndores,

ya acostumbrados, ebrios con el olor á sangre y que seguían á los ejércitos, espiando las batallas, para hartarse después con los despojos palpitantes de los guerreros muertos. Peleábase cuerpo á cuerpo y sin descanso. Arroyos de sangre bajaban por las faldas, tiñendo las piedras; columnas de humo denso de arena y de polvo subían en torbellinos, empujados por el zonda, ocultando la escena, por momentos, con su masa obscura que sólo atravesaba como rayos, los fogonazos ó el lampo de las espadas; mientras en cascadas seguían rodando las piedras, mezcladas con los tallos espinosos de los cardones, y los cuerpos de indios y cristianos, con el cráneo hendido, los flancos abiertos, las cabezas separadas de los troncos, los corazones traspasados, ó los ijares clavados por las flechas. Dominando el combate, y rodeado por los ancianos, ceñida la cabeza por una aureola de plumas, ancha placa de bronce luciente, adornada de símbolos sobre la frente, y negro manto cubriéndole los hombros, destacaba imponente su atlética figura, el viejo cacique de Hualfín.

En la diestra blandía un raro cetro de bronce y ora invocaba el espíritu protector de su raza, ora alentaba con voz tonante el valor de los

suyos, mientras que un enorme cóndor volaba sobre su cabeza y la sombra de sus grandes alas cubría á intervalos su arrogante figura.

Las balas picaban á su alrededor, matando ancianos ó haciendo saltar pedazos de las piedras; pero él, con desprecio infinito, dirigía la lucha, mirando frente á frente á la muerte, que ciega y terrible, arrebatava la vida de sus mejores guerreros, de sus más sabios consejeros, de inocentes niños, ó de varoniles mujeres que, junto á sus maridos muertos, recogían los arcos y disparaban el resto de sus flechas con una maldición ó un grito de dolor.

La noche impuso una tregua.

Los españoles retiráronse á su campo, y los indios, arrastrando á sus heridos, treparon á lo más alto del cerro, donde encendieron sus hogueras, y entonaron los himnos de los muertos...

Después de amanecer, los españoles mandaron parlamentarios.

El viejo cacique, que en vano había esperado refuerzos, comprendió que el fin de su raza se acercaba.

Escuchólos en silencio; miró á su pueblo, y sus ojos tropezaron con otros llenos de lágrimas de mujeres y niños, con rostros demuda-

dos de heridos y moribundos, con cuerpos destrozados; la flor de sus guerreros había desaparecido. Siguió mirando y allá en el bajo volvió á ver, como el día anterior, el vasto campo español, cubierto de tiendas, erizado de picas, lleno de caballos, y con sus tropas formadas relucientes de acero.

Y más allá, ¡oh rabia! la obscura muchedumbre de otros calchaquies, los tolombones y pacciocas, otrora aliados y hoy sus enemigos! ¿Qué ideas cruzaron por su mente? nadie lo supo.

Los parlamentarios volvieron á repetir sus proposiciones.

El viejo Curacá de Hualfín mirólos fijamente sin responderles; después, con paso tranquilo, subió al peñasco más alto, levantó los brazos al cielo, paseó de nuevo su mirada por el ancho valle, por su pueblo destrozado, por la ladera sangrienta, y como invitando al cóndor que lo seguía, sacudió la blanca cabellera, envolvióse en su negro manto, volvió á mirar al cielo y se precipitó al abismo.

¡El cóndor lo siguió!... y allá en el fondo de la quebrada, al clavarle el pico en el corazón, cubrióle el cuerpo con sus grandes alas abiertas como un sudario glorioso.

JUAN B. AMBROSETTI.

Al General don Edelmiro Mayer

EN EL BANQUETE DADO CON MOTIVO DE SU REGRESO
AL PAÍS

¡Mayer, *at home!*

Tengo el derecho de hablaros familiarmente. Os conozco y amo desde vuestra niñez. Me dedicasteis vuestros primeros ensayos en las letras, á las que os arrancaron las armas, para su gloria y la nuestra.

¡*At home!*

Al fuego sagrado del hogar.

A la vuelta de vuestro glorioso ostracismo.

A la posible felicidad de vuestra madre: la más buena y desgraciada de todas las madres: comparable sólo á la de los Gracos.

A la memoria de vuestros hermanos, tan precoces en el genio como en el infortunio. Era un nido de cóndores prematuramente arrebatados de lo más alto de las cumbres de América por el huracán del destino.

A la memoria sobre todo de mi grande, de mi noble, de mi buen amigo Federico (*). Él

(*) El Dr. D. Federico Mayer, hecho asesinar en Mendoza.

unía al talento de Byron el corazón de un niño: y á tal grado, que el sentimiento no puede comprender cómo su solo candor no fué bastante á desarmar las garras de aquella fiera, que instintivamente buscó para servir de ara á tan gran corazón, la falda de los Andes.

General Mayer: A vuestras glorias militares. Son glorias americanas, y por consiguiente argentinas; la lucha contra la esclavatura en la tierra de las libertades; la lucha contra la monarquía aventurera en una república hermana.

A vuestra figura histórica en el porvenir de la patria. Pero más que eso, á vuestras virtudes cívicas y políticas, que por desgracia, la historia de cada día nos está probando, que son más difíciles que las virtudes privadas. Que al fin de vuestras glorias, que las deseo y las profetizo grandes, pero sobre todo puras, vuestro biógrafo pueda decir de vos lo que Plutarco de uno de esos Gracos vuestros hermanos: «Desempeñó los primeros destinos del país; mereció y obtuvo los mayores honores; pero brilló más por sus virtudes, que por las dignidades de la República».

MIGUEL NAVARRO VIOLA,

La hija muerta

DOLORA

I

Por su mal desengañado
Y harto de correr el mundo
Se hizo López, ya casado,
Un filósofo profundo.

Tenaz y afanoso insiste,
Para alivio de su suerte,
En averiguar si existe
Algo, después de la muerte.

Y tras loco divagar
Entre textos y opiniones,
Llegó Pedro á formular
Las siguientes conclusiones:

¡Alma! poderosa arteria;
¡Amor y esperanzas! lodo;
La ciencia lo dice: todo
Acaba con la materia.

II.

Como ruinas de torrente
En las que amoroso fija
Sus rayos el sol poniente,
Así recibe la frente
De Pedro, el amor de una hija.

Fruto de ardientes pasiones,
La niña en su faz resume
Angélicas perfecciones:
Es una flor con perfume
De plegarias y oraciones.

Su pelo, rico tesoro
Que esmalta infantil decoro
Y en hebras de luz fulgura,
Tiene toda la hermosura
Del rubio color del oro.

Sus labios, dulce ambrosía
De jazmines y azucenas,
Retratan con armonía
A los que Zeuxis ponía
En sus vírgenes helenas.

Y en sus ojos atesora,
Cual en misterioso broche,

Una magia seductora:
Si los cierra, sombras... noche,
Si los abre, luz... aurora.

III

Una tarde, Margarita,
Que así el angel se llamaba,
Se reclinó en su cunita,
Y ya en sueños recitaba
Su plegaria favorita.

Pedro, que velaba al lecho
Con su esposa, oye impaciente
Que la niña débilmente
Decía:—Me duele el pecho,
Padre, y me duele la frente.

Y en su vía de martirio
Pedro ve manos que asoman
Con la placidez del lirio;
Oye palabras que toman
La vaguedad del delirio...

Después... no como la encina
Que al rayo dobla su brío,
Sino como clavelina
Que su cáliz tierno inclina
A las auras del Estío.

La niña enferma rezando
La *Salve*, dice:— « Aquí estoy
« Vida que me vas buscando:
« Dadme vuestro beso blando,
« Padres, porque ya me voy».

Y doblando con tristeza
Sobre la cruz de su suerte,
De oro la gentil cabeza,
Se durmió con la belleza
Que presta á un angel la muerte.

IV

Pedro, cual loco que oscila
Cabe un abismo profundo,
Siente con alma intranquila,
Que en aquella hora vacila
Algo superior al mundo.

Mas su buena esposa, dando
A su dolor tiernos giros,
En lenguaje dulce y blando
Así habló á Pedro, mezclando
Las frases con los suspiros:

« ¿Qué auroras podrás tener
« En tus noches de pesar,

« Si unidas no logras ver
« A las dichas de creer
« Las venturas de llorar?

« Mi plegaria es la oración
« Que pronuncia en su aflicción
« La que su bien ha perdido,
« Y la tuya es el rugido
« De la desesperación.

« ¡Muerta en Dios!... Por admirarla,
« Roto el nocturno capuz,
« La luna viene á besarla,
« Y paño mortuario á darla
« Con el cendal de su luz.

« Brilla cual flor entreabierta...
« Ni aún por la muerte cubierta
« Se marchitó su arrebol:
« Una niña, viva ó muerta,
« Es siempre un rayo de sol.

« Ya ningún pesar le aqueja
« Que aumente su desconsuelo;
« Su alma no se va, se aleja...
« El cielo del cuerpo deja
« Por vestirse de otro cielo.

« ¿Dónde, pues, buscar la fuente
« Que de nuestra pena inmensa
« Mitigue la sed ardiente?
« ¿En la verdad que se piensa
« O en la verdad que se siente?

« ¿A descifrarlo no alcanza
« Tu cristiana fe perdida?
« Nos lo dice en lontananza
« La hija muerta:—En la *esperanza*
« De encontrarme en la *otra vida*».

J. J. GARCÍA VELLOSO.

Opimas mieses

La tierra herida parece gemir bajo la ancha hoja victoriosa que se hunde en su entraña. El arado se abre camino haciendo á un lado la maleza segada el día antes.

En lo alto del carro de hierro va el conductor.

Atrás, siguiendo el surco, la mano ágil del sembrador arroja la semilla como una lluvia de oro. Se abre la mano y el grano de trigo cae para ser cubierto después por humus fecundante.

Hay mucha luz en el aire. La atmósfera tiene una transparencia de cristal de roca. En los ojos de los labradores hay triunfo y alborozo. Cruzan cantando el himno de la vida bajo la gran gloria del sol. Son los altivos conquistadores, los soberbios heraldos del porvenir, que á su paso van dejando incubado el desierto.

La naturaleza habla entonces al alma del hombre. Hay cantos de esperanzas y de júbilos,

que parecen descender de lo alto envueltos en ondas musicales de misterio, y el semblante de los trabajadores se ilumina adquiriendo tintes de aurora. Tienen la visión de la cosecha.

Ante sus miradas surge el campo florecido, la espiga abundante, fecundada por los rayos del gran luminoso que les dora la frente llenándoles el alma de calor y fuerzas nuevas.

Por eso la alegría les rebosa en el rostro. El músculo enérgico y la paz interior revelada en sus fisonomías, dicen que el cuerpo está sano y el alma contenta.

¡Eso es vida! Así puede desafiarse el porvenir sin temores y sin debilidades. No pueden tenerlas, ellos, los bravos y serenos luchadores que á su paso van dejando incubado el desierto. No pueden tenerlas los que aman la vida por la vida misma, por los encantos que ella tiene en sí, y que la tierna, buena y generosa madre, les ofrece devolviéndoles el germen hecho planta vigorosa en un vientre proficuo.

Llevan sol en el alma y por eso la amargura no nubla nunca las frentes de esos bravos y serenos luchadores, de anchos pechos y mirada libre, cuyas existencias se desenvuelven arrulladas por los cantos de la grande y fuerte,

bella y sabia, amante y siempre joven y robusta Diosa.

La alegría tiene vida germinativa en sus corazones, donde se abre como en las ramas la flor.

La esperanza es para ellos la brega del día. Ella constituye el futuro.

El fruto de mañana podrá ser arrebatado por el torbellino. ¡Qué importa! ¡Quién piensa en eso! La semilla ha sido arrojada y el árbol lozano y fuerte volverá á erguirse desafiando las iras del cielo.

La simiente no sucumbe, la raíz queda en tierra y el retoño suele brotar con más empuje, con más poderosa fuerza de expansión.

Eso puede leerse en los semblantes de los trabajadores que abren el surco y arrojan el grano de trigo como lluvia de oro sobre el tajo anhelante hecho en la tierra virgen.

ALBERTO GHIBALDO.

“Artemis”

FRAGMENTOS

Era en Grecia, en el valle de Olympia. El aire resplandecía bajo el cielo sin nubes. Hacia el oriente los montes de la Arcadia se alejaban como las olas de un mar iluminado, mientras que el vecino Cronio interponía por el norte su falda encantadora cubierta de laureles florecidos y las montañas de Trifilia cerraban el sur con sus gargantas estériles y sus caídas lucientes y pedregosas, que brillaban al sol.

En medio del valle sobresaliendo por encima de sus muros y coronada de santuarios, pórticos, carros de triunfo y ex votos innumerables, la ciudad de Olympia destacaba sobre el azul del cielo su acrópolis sagrado. El pleno mediodía iluminaba los mármoles y encendía fulgores de llama en la pintura dorada de los templos.

Fuera del estadio, donde en aquel momento se celebraban los juegos de la Olimpiada nonagésima, todo estaba desierto. Apenas si

algunos vendedores descansaban á la sombra cálida y adormecedora de los toldos en las tiendas que cubrían la llanura, ó algún sacerdote cruzaba solitario las calles asoleadas del Altis.

Sin embargo, arrastrado por el vuelo inseguro del viento, un alegre murmullo, que se apagaba y renacía por instantes, llegaba del otro lado del Alfeo. Era el bullicio de las mujeres, á quienes las leyes prohibían, bajo pena de ser precipitadas de lo alto de una roca, la entrada en el circo, y que, reunidas en la margen opuesta del río, consolábanse con escuchar á la distancia el estruendo de las aclamaciones, que llegaba hasta ellas como el bramido intermitente y lejano de un mar.

Así, bajo los grandes árboles sentadas en pequeños grupos ó adormecidas al rumor de las aguas, esperaban la terminación de los juegos: las hermanas, las esposas y las madres de los atletas, que habían querido seguirles hasta la misma Olympia; las hetairas en busca de mercado; y las simples curiosas arrastradas por la ola de la peregrinación y la grandiosidad de las fiestas.

Veíanse allí mujeres de todos los pueblos, Elias, Árcades, Mesenias, Megarenses; Sicilia-

nas esbeltas, Jonias del Asia menor y de las islas, las que habitaban la divina Atenas, Rodas y Creta la de golfos azules; las hijas ardientes de Lesbos y Abydos, rica en palomas; y las nacidas en las colonias del Mediterráneo y en las riberas luminosas del Euxino

.....

.....

Entretanto la tarde declinaba con sus céfiros húmedos y los montes alargaban sus sombras sobre el valle: mientras que el sol horizontal filtraba en el bosque su polvo de púrpura y los pájaros ofuscados golpeaban los follajes oscuros buscando sus nidos; y así como asoman de pronto por todas partes y se dispersan en el aire las abejas en zumbadora nube, así ahora, por todas las puertas del estadio, tumultuosa y alegre una turba enorme comenzaba á desbordarse por la llanura, continuando sus disputas debajo de los pórticos, vitoreando á los vencedores, corriendo á las tabernas y haciendo crujir la arena bajo las sandalias numerosas.

Un inmenso clamor subía de aquel mar viviente. Los hombres venidos de las más alejadas regiones se disputaban con desesperación el puesto á lo largo de los caminos para ver

de cerca á los grandes personajes cuya celebridad había traspasado los confines de la Grecia ó admirar la pompa de las *teorías* y el desfile de los helanódicos que presidían los juegos con sus largos vestidos de púrpura; y mientras la sudorosa multitud invadía luego, entre el grito de los mercaderes, las habitaciones de los peregrinos, las tiendas, el Poecilo, el Butenterion, los terrados y los pórticos,—las mujeres abandonaban entretanto su retiro y se dispersaban por el camino que venía del mar animado por una sucesión de templos y por el gesto imprevisto de las estatuas que se sucedían armoniosamente en la luz de la tarde.

.....

.....

.....

Entretanto sobre la otra margen del río, un tumulto se movía en dirección al puente más próximo. En su centro distinguíase un personaje esbelto y teatral que arrastraba el manto resplandeciente de los afeminados. La plebe ateniense le seguía aclamándole con delirio y de tiempo en tiempo, algunos curiosos trepaban en los hombros de sus compañeros para verle pasar.

Era Alcibíades en todo el esplendor de su prestigio. Después de haber roto la paz de Nicias y conseguido la alianza de Argos contra Esparta, enviaba ahora siete carros á los Juegos Olímpicos para deslumbrar á la Grecia, lo que no habían conseguido jamás ni las ciudades ni los reyes.

Al llegar á un declive de la ribera donde la tierra se mostraba removida y estéril, como en esos parajes por donde los animales bajan á los ríos, se detuvo y una multitud de aurigas, cuidadores de caballos y toda clase de gentes hábiles en el manejo de los carros, le rodeó al instante.

Uno de ellos se acercaba trayendo, asido por una oreja, un hermoso caballo, cuya piel tenía una blancura luminosa de nieve. Era un tésalo lleno, fogoso, elástico, con la crin sudorosa y la nariz dilatada con un reflejo interior de sangre. Parecía escapado viviente de una cuadriga de mármol.

Alcibíades examinó con atención aquellos músculos poderosos que guardaban una parte de su más anhelada gloria: el triunfo de los hipódromos.

.....

.....

Mientras tanto, Alcibíades cruzó el puente, continuando por el camino del mar y su nombre corrió por la turba como los ecos sucesivos de la montaña: ¡Alcíbiades! ¡El Alemeónida! murmuraban los labios; y las cortesanas se estrechaban en las terrazas para mirarlo, estremecidas por aquel nombre que representaba para ellas el más deslumbrador de los sueños. Unas se extasiaban ante la finura de sus cabellos ondulantes peinados con el corimbo de las doncellas y prendidos sobre las sienes y la frente con brillantes cigarras de oro; otras admiraban la nobleza de su rostro donde los dioses habían reunido, con graciosa armonía, las facciones más hermosas de la mujer y del hombre, la insolente elegancia de su andar majestuoso, el primor de sus sandalias ó la esplendidez de su manto resplandeciente que arrasaba en el polvo.

Caminaban á su lado Calias, hijo de Hipónicos, Theodoros, Antiocos, Polytion y el célebre Zeuxis, cuya clámide roja llevaba escrito varias veces su propio nombre en signos de oro.

Aquel grupo iniciaba el desfile y la multitud le seguía desbordando los caminos.

De pronto cuatro esclavos haciendo reso-

nar las gradas con su calzado de palo, pidieron paso entre la turba y una vez en la terraza, depositaron en el suelo una admirable litera fabricada con maderas raras del Asia. Las cortinas celestes franjeadas de plata se descorrrieron, y por entre ellas asomó la cabeza monstruosa de Megabasis de Sardes, el más rico comerciante de Atenas, el rey del oro en el Pireo.

Megabasis se apeó de su litera y púsose á caminar en dirección á las hetairas. A cada movimiento su vientre enorme oscilaba á uno y otro lado como un odre lleno, bajo la riquísima túnica. Iba cubierto como un rey bárbaro, de ajorcas, zarcillos, collares y sortijas innumerables que acentuaban su fealdad, y en el ancho rostro, encuadrado por la cerda hispida y lustrosa de sus cabellos ennegrecidos por la grasa de los ungüentos, sus pupilas brillaban inmóviles como los ojos de esmalte de un ídolo.....

Las mujeres sintieron especial curiosidad por aquel personaje. Mircia, sin embargo, pareció dar poca importancia á la llegada del asiático, y continuó paseándose tranquilamente por debajo del exedra.

El andar armonioso animaba su belleza y

su forma destacábase sobre el fondo del cielo, comprendido por el vano, como esas figuras serenas que desfilan sobre la arcilla de las ánforas. De pronto sus ojos se detuvieron, con intenso interés, en un grupo tumultuoso que atravesaba la terraza aclamando á un joven atleta.

A un gesto de Mircia, un guerrero de anchos hombros, salió de entre un corro de hoplitas, enriquecidos en la guerra, y se dirigió fuera del pórtico. Era Politor de Tebas, estratega famoso, valiente como Leonidas. De pie sobre las gradas, comenzó á hacer señas al grupo para que se acercase. Estaba adornado heroicamente con joyas de los muertos. Su casco y su coraza relucían con un resplandor de fuego á la luz roja de la tarde, y la púrpura espléndida se escapaba por entre las junturas del bronce, como la sangre de las heridas.

ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA.

A caza de jabalíes

Los puntos donde he encontrado mayor placer en cazar, han sido: mi tierra y España. La marcha en nuestras admirables praderas, sobre el tapiz espeso y elástico, en la llana extensión que se prolonga hasta donde los ojos alcanzan, precedido por un buen perro hecho á nuestros hábitos, bajo un cielo de una transparencia sin igual y en medio de esos fugitivos fenómenos de la pampa que los hijos del suelo comprendemos y sentimos, la marcha en esas condiciones es una de las sensaciones más gratas que pueden darse.

En España, la empresa es más ruda. En primer lugar, la temperatura: he cazado varias veces en las regiones de Avila y Segovia en el mes de Enero, y á pesar del calor natural de la marcha y de todas las precauciones necesarias, el cañón de la escopeta nos helaba las manos. Muchas veces el suelo es pedregoso y os destroza los pies. Otras como en San Bernardo, cerca de Toledo, la configuración del terreno es de tal manera accidentada

que se necesitan las piernas de acero que tenía nuestro inolvidable Lucio López, uno de los primeros cazadores de mi tierra, para resistir un par de horas. Pero al fin es la caza, es la aventura, es la lucha, con sus pequeñas mortificaciones, que son recompensas. No olvidaré nunca nuestras largas excursiones, en pleno invierno, en Extremadura, allá por las sierras de Guadalupe, á caza de jabalíes.

Teníamos una noche de camino de hierro, luego un día de caballo y por fin empezábamos á trepar los montes salvajes, si los hay, precisamente por las mismas sendas, talladas en la piedra, que se practicaron hace quinientos años, cuando don Pedro el Cruel, rey de Castilla, quiso emprender cacerías en aquellas regiones desconocidas. Ya, en América había observado el mismo fenómeno, al subir los contrafuertes de los Andes por los mismos escalones socavados en la piedra por el rudo brazo de los conquistadores: una vez que el español, con su tesón y su ímpetu inicial, ha trazado una ruta, las generaciones pueden sucederse infinitas, todas ellas han de tomar el mismo camino, en tanto que subsiste, pues nadie piensa en mejorarlo ni en conservarlo. Por estas gargantas ásperas y sombrías como

su carácter, subía pues don Pedro, camino del Hospicio, donde iba á pasar la noche para ponerse en caza al día siguiente. En el Hospicio dormimos también, vasto y tosco edificio de piedra, elevado sin arte, pero para desafiar los siglos.

Los ojeadores, guías, peones y perreros, ocupaban la enorme cocina con su colosal fogón en el centro; era la única pieza habitable en la casa, porque en los cuartos destinados á los señores, el frío nos penetraba hasta los huesos. En ella hicimos campamento, pues, en democrática promiscuidad y envueltos en nuestras mantas, esperamos la aurora para ponernos en movimiento. Nos despertó un ruido infernal, una jauría de perros que llegaba, nada menos que la *recoba* del Marqués de la Conquista, el noble anciano descendiente de Pizarro, que, impedido por un achaque de su edad de tomar parte en la cacería, nos enviaba sus afamados perros con una carta de un tono de admirable hidalguía, en la que nos pedía que no los economizáramos, porque, cuanto más numerosos fueran los que quedaran en el campo, más se colmarían sus votos de un éxito feliz. Eran ochenta perros de primer orden, hechos al combate,

pequeños, fuertes y valientes, que unidos á los cincuenta con que contábamos, nos formaban una jauría de excepcional importancia.

La del Marqués de la Conquista, la dirigía el perrero más afamado de aquellas regiones: un hombre alto, seco como un alambre, vestido de recio cuero de pies á cabeza, con el hablar lento y sentencioso, conociendo todos los perros de la comarca por sus nombres y hazañas y las costumbres del jabalí mejor que las de sus semejantes. Fué él quien me inició en los hábitos, curiosos á veces, del animal que por primera vez iba á combatir. Así, mientras defendía al jabalí de ciertas imputaciones desdorosas, confesaba la malicia y la prepotencia del *solitario*, que, llegado á la venerable edad de cuatro años, en el momento en que los colmillos próximos á retorcerse y hacerse inofensivos, son más temibles, hace vida aparte, aislado siempre, como su nombre lo indica, pero no sin hacerse preceder, tanto en marcha como en el reposo, por un *javacho* de un año ó diez y ocho meses, al que ha aterrorizado hasta el punto de convertirlo en centinela avanzado de su seguridad, llamado á dar la alerta en caso necesario ó á sufrir las consecuencias del primer encuentro desagra-

dable. Era tan curiosa la conversación de aquel hombre, tan peregrinas las historias que contaba, que todos, amos y criados, estábamos suspensos de sus labios, al calor del hogar alimentado por enormes troncos de encinas. Por fin, al amanecer de un día radiante de sol, aunque muy frío en la mañana, nos pusimos en camino. Eramos ocho cazadores y seis *escopetas negras*. Se da este nombre á los guardas armados, que cierran el circuito del ojeo; ocupan los últimos puestos á ambos extremos de la línea para tirar sobre los jabalíes que escapan á los cazadores ó ultimar los heridos. Tienen una reputación de tiradores extraordinarios, pero yo creo que la deben á sus escopetas viejas y ordinarias con el cañón reforzado por cuerdas y con composturas y remiendos primitivos por todos lados. Yo les he visto errar con más frecuencia que nosotros mismos.

Llegados al sitio del primer ojeo, nos numeramos y, según la suerte, fuimos ocupando cada uno nuestros puestos, separados del vecino lo menos por trescientos metros.

Cerrábamos un valle que se extendía á lo lejos, entre dos montañas. El suelo estaba cubierto de una *jara* espesa y bravía, de más de dos metros de altura. El ojeo abarcaba

cerca de una legua de valle, los ojeadores con los perros habían partido en otra dirección al iniciar nuestra marcha. Tardamos cerca de una hora en ocupar nuestros puestos y cuando todos estuvimos colocados, el guarda jefe, que nos mandaba á caballo, hizo un disparo de fusil. Un silencio de muerte reinaba en ese instante en el sombrío valle; las cumbres de los montes vecinos estaban ya bañadas por el sol, cuya luz dorada empezaba á bajar por las laderas.

A mí me había tocado una pequeña hondonada; era un buen puesto, porque á mi frente, á cincuenta metros, clareaba á momentos la *jara*, lo que indicaba que había un sendero por allí, que probablemente tomaría el jabalí acosado. Pero entre ese punto, que era mi campo de tiro probable, y yo, corría un arroyo de agua muy clara y muy fría, cuya profundidad ignoraba. Tenía á mi lado al *Secretario*, como llamábamos al peón encargado de llevar en la marcha las armas, municiones y vituallas. A las ocho y media de la mañana tomé posesión del puesto que debía ocupar hasta las cuatro de la tarde y los compañeros siguieron adelante. Con gran rapidez y silencioso siempre, según los cánones, mi secretario

reunió leña para hacer fuego en el momento necesario para calentar agua. Me senté, preparé mis armas y esperé. Tartarín se habría mostrado satisfecho de mi arsenal.

Tenía una carabina *express*, austriaca, de dos tiros, de la que el fabricante me había dicho maravillas, mi vieja escopeta calibre 16, cargada á bala, mi revólver y al cinto, lo que me daba un aspecto feroz, un enorme cuchillo de caza, de hoja ancha y filosa, que ya había hecho jugar en la vaina, con cierto aire de d'Artagnan antes de un duelo.

Me había provisto de un libro, sabiendo de antemano las largas horas de la espera, pero estaba tan nervioso y excitado, tan penetrado por aquella naturaleza salvaje y tan *empoigné*, por la rudeza de la caza, que no lo abrí un momento. Cuando sonó el tiro de señal, me puse de pie precipitadamente y empuñé con decisión mi carabina. Al poco tiempo empezábamos á oír á lo lejos, como un eco, el ladrar de los perros, que se fué acentuando, luego disminuyendo, hasta no oirse sino el aullar penetrante, como quejumbroso de un solo perro. «Es el *latido* de *Juanicho*, me dijo casi al oído el *Secretario*. Ha olido algo». Juanicho era la perla de la recoba del Marqués de la Conquista.

A los veinte minutos, por entre la *jara*, á nuestro frente, silenciosos ahora, pero husmeando con tesón, llegaron cuatro ó cinco perros. Se cruzaban, se detenían, levantaban la cabeza como para aspirar aire fresco y de nuevo seguían rastreando. Llegaron hasta nosotros, los acariciamos un instante en silencio y volvieron á desandar el camino hecho, jadeantes y tenaces: de nuevo la calma silenciosa volvió á reinar; volví á sentarme; pero á cada movimiento de un arbusto, á cada ondulación de la *jara*, saltaba sobre mis pies. Mi Secretario, más habituado que yo, sin embargo saltaba también é instintivamente llevaba la mano á su cuchillo, su única arma. Por fin, después de dos horas de espera, oímos una algarabía muy lejos; pronto cesó, los perros estaban despistados. Pero á mi frente la *jara* se movía de un modo casi imperceptible. Mi Secretario me tocó suavemente el hombro y me tendió municiones, como si mis armas no estuvieran cargadas. Tendiendo la vista anhelante, ví á unos cincuenta metros y cruzando diagonalmente frente á mí, un jabalí que, al trote, se deslizaba cauteloso entre la *jara*. Yo sabía que debía esperar que pasara por el punto más próximo. La ví bien: era una *ja-*

balina regordeta, no muy grande. Por un esfuerzo de voluntad conseguí no hacer fuego, siguiendo con el cañón de mi carabina la marcha del animal; pero en ese momento sonaron varios tiros á mi derecha é izquierda. Sin duda, la banda de que formaba parte mi jabalina se había dispersado y puesto á tiro de mis compañeros. Mi animal se detuvo, agachó la cabeza y dió vuelta como para alejarse; en ese momento tiré. La jabalina continuó su trote, que no interrumpió el segundo tiro, y se perdió entre la espesa *jara*. Eché á un lado la carabina con cólera; yo no soy un gran tirador, ni mucho menos; pero no dar en aquel blanco, á cincuenta metros, era demasiado. Abandoné, pues, la carabina y todas sus *jaramallas* y tomé mi vieja escopeta, compañera tranquila y segura de cinco años de campaña.

Un momento después se dejó oír un gran aullar de perros en la altura que tenía frente á mí y antes de que nos diéramos cuenta, un jabalí enorme, un solitario, bajó á escape la cuesta y se detuvo jadeante, prestando el oído á los perros que se acercaban, á treinta ó cuarenta metros de mí, al otro lado del arroyo. Apunté con toda la calma posible é hice fuego;

el jabalí se levantó casi en sus dos patas traseras, se sacudió todo, y como los perros bajaban ya, frenéticos, dió dos pasos y se espaldó en el tronco de un árbol, para hacerles frente. Cuando los perros estaban ya casi encima de él, le hice mi segundo tiro, que debió darle, porque de nuevo se sacudió todo, pero no cayó.

«Juanicho, señor, Juanicho á la cabeza!» me decía entusiasmado el Secretario, señalándome un perrillo pequeño, ensangrentado, bravo como las armas, que del primer salto se había prendido de la oreja del jabalí, que lo sacudía en el aire, mientras á colmillo limpio se defendía de los otros perros. Uno de éstos, eran cinco ó seis, yacía con el vientre abierto y otro mal herido se retiraba del combate gimiendo.

Sin darme cuenta, sin atinar á cargar de nuevo la escopeta, como si el jabalí se me fuera á volar, tiré el arma, saqué el cuchillo y á escape llegué al arroyo, me metí dentro, con el agua á la cintura y fría como el demonio, y llegué hasta el animal que se defendía desesperadamente. «Por detrás, señorito, por detrás!» me gritaba el Secretario desde el medio del arroyo. Pero yo no le oía; á gritos y puntapiés, trataba de alejar los perros, que temía

sucumbieran todos, incluso Juanicho, si soltaba la oreja.

Al verme el jabalí pretendió hacerme frente, pero estaba muy mal herido y los perros le acosaban. Por fin, ganándole el lado, conseguí meterle hasta el cabo el cuchillo en el codillo. Cayó como una masa; pero Juanicho no soltaba, á pesar de los esfuerzos del Secretario por arrancarlo. Me decidí entonces á cortar la oreja del jabalí y sólo cuando se encontró con un pedazo de cuero inerte entre los dientes que no hacía resistencia, Juanicho soltó la presa. Lo llevamos al arroyo y lo lavamos así como á los otros perros heridos, y echando una mirada de cariño á los dos muertos en la lucha, arrastramos al jabalí hasta la orilla del curso de agua. A los tiros y gritos llegó el capitán, (guarda-jefe); el Secretario le narró el combate mientras echaba pie á tierra.

No ví otro jabalí ese día; pero cuando á la noche, en la gran cocina, llamamos al perrero del Marqués de la Conquista para charlar de la jornada, éste avanzó con las manos y la cara destrozadas por las espinas de la *jara*, y nos dijo que habíamos perdido catorce perros, diez del marqués y cuatro nuestros. Luego se adelantó hacia mí, y sacándose el sombrero

me dijo con cierta alteración en la voz: «Pero nada se ha perdido porque el señorito ha salvado á Juanicho. Dios se lo pagará!»

Nos apretamos la mano y desde ese día somos buenos amigos, aunque no nos hemos vuelto á ver. Yo no tenía gran conciencia de ser el salvador de Juanicho; pero sin duda mi Secretario debió haber arreglado á su manera la narración de la hazaña. Que no me disgustó la cosa, lo probó más tarde la propina...

Se me ha ido la pluma contando ese recuerdo de mis gratas cacerías en España, porque acabo de llegar de una partida de caza, aquí, á tres cuartos de hora de París, en una gran propiedad, con un castillo enorme y de un lujo extraordinario. Apenas bajamos del tren, subimos á un ómnibus arrastrado por un *tractor* automóvil, que nos llevó al castillo. Almorzamos allí, en un comedor con tapicerías de cien mil francos. Luego, en un carruaje cómodo, nos llevaron hasta el sitio de la caza y los faisanes enormes como pavos, engordados á grano, comenzaron á volar pausadamente. Se tiró más ó menos bien, pero el *tableau* fué soberbio. Nos vestimos de frac para comer, se hizo un poco de música, se jugó al *whist* y á las 12 de la noche estábamos de re-

greso en París. ¡Oh, mis ásperos cerros de Extremadura! Recordaba una vez más la linda jornada, desde el Hospicio hasta el monasterio de Guadalupe, aquella admirable catedral perdida entre las montañas, consagrada á la Virgen maravillosa que, según la leyenda, talló el mismo San Marcos en un tosco tronco y que por siglos ha sido venerada en toda España. A ella enviaba reverente Don Juan de Austria, al día siguiente de Lepanto, la soberbia lámpara de la nave capitana, y Zurbarán cubría los muros y los altares de la iglesia de telas admirables que el tiempo empieza á destruir. Mientras mis compañeros, creyentes como buenos hidalgos, se arrastraban de rodillas en el misterioso santuario que guarda á la Virgen, yo, de rodillas también, admiraba su magnífico manto cuajado de pedrerías, las innumerables joyas que la cubrían y en la sombra, su cara, su enigmática cara, casi negra, toscamente tallada. Y después de nosotros, los perreros, los peones, los criados con el rostro desencajado por la emoción, prosternándose para besar la orla del vestido de la imagen y pedirle alivio en sus vidas miserables!

Allí la naturaleza, el hombre libre creyente

y fuerte; aquí la convención y el hombre raquíutico, escéptico y *snob*.

Buena y robusta tierra de España, que guardas en tu seno los huesos de mis abuelos y en medio de tus penas y dolores, en este mundo chato que la civilización nivela y hace cada día más banal, conservas aún tu altiva fisonomía y los rasgos soberanos de tu enérgica personalidad, yo te imploro, ¡oh buena tierra de España! resiste á la ola por largos años, para que nuestros hijos trepen gozosos tus montes salvajes y en tus rincones perdidos, que el riel de hierro no cruza, sueñen, esperen y crean!

MIGUEL CANÉ.

Impresiones serranas

(CÓRDOBA)

VIDA FRANCISCANA

Había transcurrido nuestra primera noche en el caserío franciscano, en medio de una paz perfecta, ni siquiera turbada por el ladrido del perro, ni por el canto del gallo; amanecía sin ruido, lo mismo que anohecía, cual si un genio benéfico hubiera suprimido las ondas sonoras.

Iban á dar las cinco, y saltamos de la cama para no exponernos á contrariar demasiado las costumbres de la casa. Cuando salimos al claustro los monjes estaban en pie; el Padre Guardián y algún novicio de sonrisa picaresca parecieron poner en duda que no hubiéramos notado la dureza de las camas. Quizá tuvieran razón, pero lo esencial es que dormimos á pierna suelta, aunque á decir la verdad, Della Valle hacía esta distinción un tanto cómica: «Yo duermo pero no descanso».

Después del desayuno, requerimos las escopetas «por si acaso» y, acompañados del Padre

Alfonso y de todos los novicios, como de una bandada de pájaros, nos internamos en una quebrada de la sierra.

Nada más sencillo y amable que aquellos muchachos, gravemente tonsurados y revestidos del tosco sayal á flor de carne, el pie desnudo en un áspero zapato que no les defiende de las numerosas espinas, alegres y dichosos ante la hora de asueto que les permitía trepar la montaña como ágiles gamos.

La mañana estaba deliciosa y el ambiente fresco; la luz muy viva, con transparencias de ámbar, precisaba los detalles á cualquier distancia cuando nos volvíamos á contemplar el valle; íbamos subiendo el pintoresco y selvático cauce oblicuo de un torrente, como por una rústica gradería de tramos enormes, saltando sobre las peñas, mediante la ayuda de los coristas que en los pasajes difíciles se ingeniaban para izarnos. Della Valle, más pesado, y Escalada, más perezoso, pedían descanso á cada momento; entonces nos sentábamos en rueda sobre las rocas, al abrigo de un dosel de verdura tejido de ramas y enredaderas floridas, que balanceaban despacio campánulas de seda de un violeta desvanecido en rosa; el aire se perfumaba con ráfagas de pi-

perina, yerba buena y otras plantas aromáticas; un hilo de agua corría en silencio junto á nosotros, deslizándose como una sierpe entre la escotadura lubricada y musgosa de alguna piedra. Enfrente, allá en lo alto, la empinada ladera de la sierra cubierta de vegetación, dejaba asomar de trecho en trecho la mancha pardusca de algunas peñas superpuestas. Varios coristas se convidaron á escalar la cumbre y se lanzaron veloces con el hábito arremangado; en pocos minutos estuvieron lejos; les seguíamos con la vista entre el follaje, y á la distancia parecían diminutos frailecitos grises, gnomos joviales de la montaña cuyas alegres risas bajaban hasta nosotros; cuando llegaron á la cima unieron sus esfuerzos y arrancaron de cuajo algunas piedras á fin de darnos el espectáculo de modestas avalanchas.

En torno nuestro se sentía palpar la vida intensa y libre de la montaña; de cada planta y de cada hoja acariciada por el sol ó movida por el viento, ascendían ondas de amor en vibraciones de luz y emanaciones inefables; el espíritu aligerado, convertido en un efluvio, participaba de la saturación ambiente; la vida animal como suspendida, se aniquilaba y desvanecía para dar lugar á una flotante y vaga

sensación de vuelo incierto y diáfano. Sólo en el seno de la naturaleza, cabe realizar el perfecto olvido de sí mismo y esparcirse como un humo sutil.

Naturalmente, la cacería resultó infructuosa; el paisaje era demasiado hermoso, y es sabido que las aves lo mismo que los hombres, no abundan sino en la proximidad de las sembreras.

De vuelta de la quebrada nos juntamos al Padre Guardián y descendimos hasta el Río San Roque, que corre á menos de una cuadra de las casas. Es un lindo curso de agua, playo como todos los ríos de Córdoba, vadeable cuando no llueve demasiado y bastante ancho; ambas orillas están sembradas de rocas, muchas de las cuales asoman á trechos en el cauce del río, para mayor comodidad de los bañistas.

Mientras nos paseábamos por la orilla con el Padre Guardián, tuvimos ocasión de observar un curioso fenómeno: una cierta cantidad de aquellas peñas, sobre las cuales caminábamos, mostraban en la superficie un hoyo simétrico, siempre de igual carácter, semejante á la cavidad de un mortero común; algunos eran más playos y otros más profundos y muchos de ellos tenían en el fondo un canto

rodado de forma esferoidal, cuyo tamaño variaba entre la dimensión de una mandarina y la de una bocha. Tratamos de explicarnos esa singularidad, uniformemente repetida, y arribamos á este resultado: Aquellas rocas que ahora forman las costas del río, han estado antes sumergidas y suelen estarlo en cada creciente; cuando el agua las cubre, ruedan sobre ellas las piedras sueltas que la corriente arrastra, hasta que se detienen en alguna depresión; una vez allí, al abrigo del fondeadero accidental que les ha deparado la suerte, no escapan por eso, á la acción de la corriente, la cual les imprime en el sitio un movimiento giratorio; éste, que al principio debe ser lento, va sin embargo, produciendo un desgaste en torno suyo y en la propia superficie del núcleo; pulidas sus asperezas y las del hoyo primitivo, ya nada se opone á la regularidad y rapidez del movimiento rotatorio; entonces se produce una acción de muela que á favor del peso específico de la piedra suelta, va horadando la peña; pero como el desgaste es recíproco, el agujero que comienza en la superficie, con el diámetro de un plato, disminuye rápidamente, y á un pie de profundidad ya no tiene un diámetro mayor que el de una naranja; es decir,

que la forma del alvéolo es la de un cono truncado, invertido.

Sólo nos faltaba hallar alguna peña horadada completamente en todo su espesor y tuvimos la suerte de encontrarla, algunas cuerdas más lejos y á pocos metros del agua, en la verdadera costa; era una gruesa laja socavada por la corriente, que conservaba en salidizo su posición horizontal avanzando sobre el vacío; esta piedra estaba horadada dos veces, como un lavatorio de palangana doble, en un espesor de treinta centímetros. A menudo dos hoyos se forman demasiado cerca el uno del otro para dar lugar al completo desarrollo de las curvas; éstas se encuentran y al interceptarse cavan un número ocho.

El tiempo corría apacible en el perfecto retiro de San Antonio, ideado para el reposo, entre aquellos excelentes monjes cuya sencillez de costumbres, de trato y de aspecto, tradicional en la orden, estaba tan en armonía con el ambiente serrano amablemente silvestre, que ellos parecían realizar sin esfuerzo la existencia más lógica y natural; la noble severidad del hábito franciscano, su color pardusco semejante al tinte neutro de la piedra oxidada, el misterio de las capuchas á través

del claustro y el vagar fantasmático de sus pasos sin ruido, acentuaban lo impropio de nuestras vestimentas de ocasión, chocantes con el medio hasta parecer disfraces más ó menos truculentos.

Llamaba la atención entre los novicios un adolescente que realizaba plásticamente el ideal estético del Santo; alto y delgado, dotado de una seráfica elegancia, había en su rostro pálido como el marfil, una pureza de rasgos, superpuesta á una de esas virginales purezas de alma que no son de este mundo; sus ojos azules se abrían como dos flores, enseñando la frescura de linfa transparente que sólo se advierte en los ojos del niño, en su más tierna infancia; y ese mirar de niño, en la pálida faz de un monje, impresionaba. Este humilde novicio, flor del huerto franciscano, segada antes de abrirse y destinada á una mística ofrenda, evocaba para nosotros la sombra de Beato Angélico, el ángel de Fiesole, á quien le fué dado por gracia especial, realizar en frescos sublimes las visiones del éxtasis, y al verle vagar por el claustro en torno nuestro, nos representaba el monasterio florentino de San Marcos, allá en el siglo XV.

La obsesión de Florencia nos fué explicada;

después supimos accidentalmente, que este joven cuyo nacimiento en Córdoba nos era conocido, descende de la plástica Italia por el padre y de la montañosa Rioja por la madre; este doble origen todo lo explica, los caracteres físicos y aun los morales, comprendiendo la vocación. Fray X entró al convento hace siete años á la edad de catorce.

Una tarde, á la oración, volvíamos de la montaña y al pasar frente á la Capilla, notamos la puerta mayor abierta y en el altar los cirios encendidos; entramos á la pequeña nave y la vimos llena de fieles, familias serranas que, según costumbre, llegaban á caballo desde muchas leguas; dentro de la iglesia se realizaba una ceremonia ingenua y sugere; un franciscano joven, con los brazos abiertos en cruz, estaba parado ante el altar, visto de espaldas, echada atrás la cabeza y los ojos fijos en la altura. En esta actitud inmóvil (simbólica del éxtasis de San Francisco al recibir los estigmas), conservada inalterable durante un espacio increíble de tiempo, entonaba las letanías de la Virgen, que los demás novicios arrodillados y todos los fieles sin excepción repetían en coro, alzando también los brazos en cruz; un piano con voces de

clavicordio, en manos de Fray Telmo, acompañaba las letanías con acentos temblorosos, plañideros y sollozantes; los paisanos proster-nados detrás de las mujeres, inclinaban la frente cobriza, bajo la maraña rebelde del pelo rudo y negro, hondamente graves y como sumergidos en una devoción testaruda.

Otro día se rezaba el rosario; fray Alfonso, frente al altar, decía una invocación del Ave María, claramente pronunciada y tornaba á repetirla con insistencia tenaz hasta llegar á la obsesión; parecía que las palabras idénticas, caían como monedas la una sobre la otra, en el mismo sitio, formaban pilas de versículos, montones de invocaciones que se derrumbaban sonoras en el murmullo del coro, llenando los ámbitos de la nave, destinadas á grabarse con caracteres de luz en la mente de los fieles y á despertar de su absorción á la Virgen Madre, centro de las plegarias de la catolicidad entera: «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén»; el timbre frágil de los coristas recogía la frase y la volvía á lanzar comunicándole un nuevo y ardoroso impulso; la invocación salía otra vez de los labios del monje, voluntariosa, pausada y grave, y el

coro juvenil la devolvía, rejuvenecida y clamorosa: « Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros los pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén ».

Diríase que la misma frase tantas veces repetida, se extendía y alargaba, como si un versículo se fuera agregando al otro, hasta formar una guirnalda, un hilo luminoso, desde la modesta capilla rebosante de clamores, hasta los pies de la Virgen, allá muy lejos, en la gloria de las alturas.

La sierra es evidentemente devota, ¿y cómo no habría de serlo, si en las regiones montañosas el misticismo fluye del suelo, lo sobrenatural envuelve á los habitantes? En las cumbres se vive en contacto con la nube y se palpa el misterio; allí la naturaleza se torna singularmente expresiva, como que dispone de todos los recursos; la eterna variación de sus aspectos mantiene vivo el interés, impone la contemplación, desarrolla las alas de la imaginación y ejercita su vuelo. Al llegar la primavera, la montaña revienta en floración de creyentes, cuyos lirios inmaculados son los santos y sus flores más raras los artistas; entre las dos falanges de elegidos que realizan en la tierra las dos formas únicas de la per-

fección humana: Santidad y Belleza, cabe la humanidad alternativamente flaca y victoriosa.

En aquel retiro de San Antonio, con ser un sitio de reposo donde los franciscanos pasan sus vacaciones, malgrado la soledad de la Sierra, la tranquilidad monacal suele verse interrumpida por los deberes del sacerdocio; la víspera de nuestra partida llegó un paisano con encargo de requerir confesor para llevar la extremaunción á un enfermo que agonizaba á diez leguas de distancia; el padre Alfonso ensilló un caballo y marchó, entre dos aguaceros. Con tal motivo se habló de los que mueren en la Sierra, del trabajo que dan para enterrarles; cada defunción que sobreviene en doce leguas á la redonda, obliga á una extraña, triste y laboriosa operación para transportar el cuerpo al Cementerio de Tanti ó de Cosquín; los deudos retoban el cadáver en un cuero y lo atraviesan en el lomo de la mula, flanqueada en vez de árganas, de dos cabezas de vaca entre cuyas astas calza la fúnebre carga; así desfila por la pedregosa senda, al rayo del sol ó bajo la lluvia, durante mortales horas, el duelo de una madre en pos del hijo amortajado por ella misma, sobre la piedra

inmediata al rancho, testigo de sus juegos infantiles, menos dura que la inclemente suerte.

Se acercaba el momento de proseguir la interrumpida excursión; ocho días iban á cumplirse de permanencia en San Antonio y ya no era posible abusar por más tiempo de la generosa hospitalidad franciscana. Todo estaba arreglado para continuar internándonos en la Sierra Grande y el anuncio de nuestra próxima partida nos procuró la compañía de cuatro nuevos camaradas, que parecían escogidos para completar la caravana y compartir fraternalmente la vida nómada, cada vez más silvestre, que nos estaba deparada. Almorzaron con nosotros en San Antonio y nos dimos cita para dos días después en la estancia de don Ramón Cabanillas, casi á mitad camino de la Sierra de Achala.

Ellos llevarían una carpa para facilitar la ascensión á los Gigantes y nosotros debíamos hospedarnos, probablemente, en casa de don Pantaleón Sánchez, al pie de la áspera Sierra, pues que aun en esa región desamparada y solitaria, alcanzaba para nosotros la amable solicitud de Fray Zenón Bustos.

El Padre provincial no estaba presente en San Antonio, pero su nombre aparecía á me-

nudo en la conversación y era pronunciado por los novicios con admiración respetuosa.

La hora de partir se aproximaba; Fray Benito Pérez nos procuró un baqueano, peones, caballos y mulas cargueras, so pretexto de que esa tarea también le correspondía; nos proveyó de recados y de puyos (ponchos gruesos tejidos en la Sierra), anunciándonos que el Cerro de Achala nos recibiría con lluvia y frío: «La montaña desconoce á los recién venidos», dicen los paisanos.

El mes de Enero había sido singularmente lluvioso; casi todos los días, mientras estuvimos en San Antonio, se desencadenaba algún aguacero torrencial acompañado de relámpagos deslumbrantes y de fragorosas descargas que repercutían amenazadoras en la Sierra. La víspera de nuestra partida, el manso y gracioso Río San Roque estaba cambiado y desconocido; desbordaba sobre sus más antiguas márgenes y arrastraba veloz en revuelto oleaje, una espuma negruzca cubierta de resaca: no, ya no era vadeable con el agua hasta la cintura, y el precipitado avance de sus olas turbias, empozadas de remolinos, infundía respeto!

Esta circunstancia nos obligaba á dar un rodeo de tres leguas, para pasar el río en el puente de San Roque.

Al día siguiente nos pusimos en marcha, después del almuerzo, acompañados gentilmente por el Padre Guardián y uno de los novicios, cuya compañía debía prolongar durante tres leguas la sensación de la hospitalidad franciscana.

El Padre Pérez había tenido la delicada atención de no interrumpir con una brusca despedida la serena impresión que llevábamos con nosotros, y efectivamente, la impensada presencia de los monjes servía de transición y amortiguaba el dejo amargo que hay en el fondo de toda separación que se presiente definitiva. A cierta edad de la vida no se tropieza impunemente con la bondad y la sencillez, dos virtudes que la práctica de los hombres hace más estimables por lo escasas, y ya no es posible darles la espalda con la indiferencia de antes.

En el puente de San Roque, frente á la dilatada extensión del lago artificial, nos despedimos del Padre Guardián y de Fray Buena Ventura; después de un rato de marcha, cuando sus dos siluetas fueron apenas perceptibles, antes de que se internaran en un grupo de árboles, trazamos en el aire el postrer saludo.

EDUARDO SCHIAFFINO.

Agricultura íntima

Hace ya tiempo, conté la triste historia de un bosquecillo de naranjos que cultivé de niño en una caja de cigarros puros.

Lo ingenuo del relato tuvo sus apreciadores, y eso me induce á recordar hoy otro ensayo de agricultura hecho por la misma época de mi vida y con resultados no menos melancólicos.

Llevado á amar la soledad, como todos los chicos enfermizos, apenado por los percances que sufría mi *naranjal*, con frecuencia transportado por el patio y volcado por el ruedo del vestido de alguna sirvienta torpe, díme á discurrir á qué género de cultivo me dedicaría que fuera dado á menos contratiempos. Era necesario, desde luego, que fuera él de una planta de crecimiento rápido. El naranjo, aun prescindiendo de los mortales percances y de lo exiguo del solar que yo podía proporcionar á los míos, tardaría muchos años antes de compensar mis afanes, con sus flores deliciosas y con sus frutos de oro. ¡Quizá fué aquello un presentimiento, símbolo de una vida que los azahares no habrían de perfumar!

Era necesario recurrir al ingenio, pues recursos no tenía. Después de pensarlo mucho, acerté con lo que buscaba. En el botiquín de la familia había un frasco que contenía semillas de lino, planta que entonces tenía para mí el encanto de lo maravilloso. ¿Cómo eran sus hojas, cómo sus tallos, cómo sus flores? Entre las semillas y el hilo de carretel existía para mí todo un mundo desconocido que necesitaba averiguar.

La imaginación de los niños, nutrida con nociones inocentes de las cosas, crea ensueños magníficos con la menor tontería, y yo soñaba con mi futuro plantío de lino, viéndolo ya cubierto de corolas azules, que de ese color me decían que eran sus flores.

Conseguida una vieja maceta desportillada, revolví la tierra endurecida que la mediaba, con algo que en un tiempo fuera cuchillo de mesa, substraje un buen puñado de semillas de lino, y después de sembrarlas, regué el tiesto copiosamente.

Los días siguientes á aquella operación, mi pensamiento estaba fijo en el milagro que iba á operarse, y si hubiera tenido el don de los fakires de la India, de seguro que mi plantío germina, brota y florece en una noche.

Al cabo de una semana, con alborozo que aun recuerdo, advertí que surgían de la tierra arcillosa los pálidos cotiledones, prendidos todavía por la cápsula color café de las semillas.

¡Qué bonitos me parecieron! Aquellos tallos finos, elegantemente encorvados, soportando las redondeadas hojillas, se me antojaban cabezas de patitos nadando en las aguas turbias de un charco.

Los padres no ven crecer con más afán á sus hijos, que aquel con que yo ví prosperar á mi lino, allá en el fondo de la maceta desportillada.

¡Con qué rapidez casi invisible se alzaron los tallos recios, cubiertos de hojitas finas, de un verde encantador! Parecíanme álamos, preciosos arbolillos enanos, y envidiaba á los insectos que podían pasear á su sombra cual si formaran un bosque.

¡Ay! cuando más hermoso estaba mi plantío, quizá por haber permanecido demasiado tiempo contemplándolo bajo los rayos del sol, atrapé un resfriado que durante ocho días me retuvo en cama.

Durante el sueño y aun despierto, presa de un subdelirio, mi constante preocupación era mi lindo bosquecillo. Ora me imaginaba que

yo era una hormiguita que discurría bajo su verde fronda, transparentada por la luz y mecida por el viento, ora lo veía cubierto de flores azules, más hermosas que los ojos de los ángeles...

Por fin, cuando pude salir al patio, corrí á ver la maceta desportillada, y al contemplarla sentí que el dolor me echaba un nudo en la garganta dolorida por la tos y que los ojos se me arrasaban en llanto.

¡Allá, en el fondo del tiesto, caídos, amarillentos, casi secos, estaban mis frescos linos de otros días, que se habían muerto faltos de riego y de cariño!

Ahora, como entonces, sigue siendo para mí un secreto qué color y qué forma tiene la flor del lino, y sólo sé por referencias cómo se trueca el máspreciado de los textiles en transparentes batistas ó en hilo de carretel; pero aquella decepción infantil me ha sugerido muchas dolorosas reflexiones.

No os las quiero contar, porque prefiero deducir de esta tontería que parece cuento, una enseñanza dulce: ¡no dejéis á los niños, sobre todo si son melancólicos y enfermizos, que anden al sol con la cabeza descubierta!

JULIO PIQUET.

Desde Venecia...

.....

En Venecia el mayor placer es errar por los canales, las iglesias y los palacios: errar sin guía, á la ventura, gozando esa deliciosa satisfacción de la sorpresa que causa la obra de arte notada de improviso, sin que el manual la haya anunciado, indicando de paso lo que debe admirarse, lo mediocre y lo malo. Así se la saborea por completo, se critica y se juzga, y sobre todo se siente la impresión propia, original, de nuestra manera de ser.

¡Se explica el arte bajo este cielo azul y claro, con el Adriático y las lagunas por horizonte! La inteligencia vive en un estado de excitación constante, observando día por día alguna faz nueva, algún rincón pintoresco rodeado de toda la melancolía triste y pesimista de la Edad Media.

Ya es un puente que domina una bella perspectiva; un canal estrecho y solitario cruzado por pocas góndolas, y allá en el fondo, perdida entre la obscuridad de las viejas murallas, la milagrosa madona, resto de otra

época, que aun alumbraba con la débil claridad de su lámpara de aceite; frailes que pasan envueltos en sus capuchas y que parecen sacados de una tela de Zurbarán... todo, el detalle más insignificante adquiere un colorido de novela romántica en esta ciudad excepcional, impregnada de un idealismo intenso, de un sentimiento especial vigorosísimo. Fatalmente se despierta un poco de poesía en el ánimo. Es una quincena que se pasa fuera del mundo cuyos ecos se apagan en estos canales silenciosos, oscuros y solitarios, animado de esa débil vida que le prestan sus recuerdos, una existencia extraña, un sueño lleno de bellas sensaciones que abren el espíritu y lo ponen en una corriente de ideas simpáticas y benévolas. Lo excita con su pasado de epopeya, su historia animada, brillante, encantadora como una novela, con ese interés palpitante de una vida apasionada, bulliciosa, galante, sobre todo espiritual, y la ciudad se extiende á su imagen con sus calles pequeñas, las plazas limpias, pavimentadas, adornadas con alguna obra de arte, confortables y cómodas, hechas para vivir en ellas, conversar al abrigo de las galerías, ó tomar el sol junto al león de San Marcos, contemplando ese espec-

táculo alegre y risueño que forma el conjunto del palacio, la basílica y el Gran Canal.

Se recorre un poco á Molmenti para refrescar los recuerdos de la vida veneciana con todas sus fiestas, sus torneos, sus crónicas amorosas, llenas de pasión, de lances y crímenes, su trabajo intelectual y artístico tan activo, sobre todo tan vivo y original, un desarrollo de la inteligencia excepcional, como si las fuerzas hubieran rebosado desparmando las obras de genio propias, sentidas allí en la ciudad-patria y que encarnan admirablemente el talento inspirador. Raras veces la influencia de la sociedad en el arte ha sido tan intensa y recíproca. A medida que pasáis los días en sus calles y canales, creéis percibir confusamente la causa de esa exuberancia de sensaciones que crearon tanta belleza. Ya es un efecto de luz notado al pasar y que parece sacado de algún Ticiano; la mujer del pueblo que os recuerda la soberana esplendidez de los cuerpos de Veronese, palpitantes de vida y movimiento; el marinero de fisonomía enérgica, con una musculatura hercúlea, como las que admiráis en las batallas del Palacio Ducal...

Pero sobre todo está San Marcos. La Basí-

lica y el Palacio dominan á Venecia, le han impreso su sello, le han dado su fisonomía propia y característica con todo el prestigio del genio creador. Se contempla el famoso palacio bajo una impresión de felicidad. Hay una nota de animación, de alegría y vida en esa obra, como si hubiera sido pensada en un momento de dicha, sugerida por una inspiración sana y original, realizada en medio del entusiasmo de un pueblo generoso y artista. De pronto os recuerda las construcciones de los árabes; tiene algo de voluptuoso, de sonriente; nos figuramos que deben habitarlo ninfas y que en su interior el aire será más puro y perfumado como en los jardines de la Alhambra. Tiene detalles de una fuerza sorprendente, escapes de fantasía exaltada que se ha entretenido en dibujar aquí y allá pequeños arcos, infinidad de líneas vueltas y revueltas al capricho de un gusto original que no seguía escuela alguna, ignorante tal vez, pero de una imaginación rica, con un ideal de vida próspera y brillante, y que retrata en la obra su espíritu despreocupado, libre, feliz y de genio!

Había pasado el día en la Academia con el «Milagro de San Marcos», la «Ascensión» del Ticiano y una «Madonna» de Bellini admira-

blemente dibujada, una fisonomía bellísima, una expresión tranquila y serena tan inefables que daban ganas de postrarse y adorarla. La «Madonna» italiana es una fuente de poesía inagotable, una inspiración amable y cariñosa que ha realizado el arte con todas las delicadezas más exquisitas, notando detalles de sentimiento de una fineza incomparable.

Era un ser amado que los artistas trataron con todo el entusiasmo de su fe ó de su ideal de la mujer, y le reservan sus toques más suaves y las impresiones de ternura más íntimas.

En cada museo hay varios de esos himnos de amor ideal, una imagen pura, trazada con toda corrección, en actitudes y expresiones como no se ven en la tierra, que parecen notadas en esos momentos supremos en los que toda el alma se dibuja un instante en la fisonomía. En Venecia está la de Bellini y la del Ticiano en su ascensión, más real y humana, pero sin ese toque de vaga poesía que se refleja en la mirada, en la sombra; en el ambiente que rodea el otro cuadro. Es una cara hermosa fresca, con los colores de salud y fuerza, con una expresión de éxtasis divinal. Tiene demasiada vida y vigor, representaría cualquier símbolo grandioso, una idea rica,

generosa, brillante como la «Gloria de Venecia» del Veronese. Es una ascensión pagana, llena de luz y sol, un cuerpo espléndido que resplandece en los aires, pero sin esa nota débil, delicada, misteriosa como un crepúsculo que caracteriza el ideal de una «Madonna». Andrea Del Sarto lo ha realizado mejor en su «Ascensión» de Bolonia. Es un cuadro que no se juzga ni analiza; simplemente se le adora. Sólo en Rafael se encuentra esa expresión velada, misteriosa, llena de un sentimiento conmovedor. La «Madonna» asciende como un deseo supremo rodeada de ángeles deliciosos, alegres, juguetones, una colmena de criaturas sanas y robustas que cruzan los aires agitando las cabezitas doradas. Recordaba los ángeles de Reynolds en el British Museum, más delicados todavía, fisonomías adorables, con sus cabellos de oro, una filigrana de delicadeza, las carnaciones rosadas y abundantes, la aurora de la vida vigorosa y enérgica. Se olvidan los libros, las teorías y críticas, se cierra á Vasari y Taine, la emoción invade todo, por un instante os volvéis ardientes sectarios, católicos exaltados de la divina «Madonna». Lentamente la tela se anima, las expresiones se acentúan, todo un mundo ideal revive rodeado de una

atmósfera de calma, de serenidad inefable. La Virgen mira con una bondad y cariño tan tiernos, como si hubiera concentrado en su mirada todas las caricias del más exaltado amor de madre!

¡Qué inmenso prestigio adquiriría la religión con la ayuda del arte! El creyente que rezaba ante esas imágenes debía sentir la emoción artística confundida con el misticismo de su fervor; y tal vez ese placer intenso, esa sensación de consuelo que refrescaba su espíritu agobiado y triste, y lo hacía invocar la imagen en todas sus aflicciones, era debido á la misteriosa influencia del arte encarnado en la encantadora Virgen.

La *Madonna* es una creación italiana, original de este pueblo, de un espíritu vigoroso, sentimental y poético, y que la ha rodeado de un ideal tan bello y delicado, como si hubiera concentrado en ella la ternura, el cariño y la pasión de que es capaz, realizando un ser de sublime idealismo, más hermoso aún que la Margarita alemana ó la Ofelia inglesa. Así se explica su inmenso prestigio; y ahora que la antigua fe perece, que los viejos ideales humanos han caído de sus altares, ella siempre reina, siempre conserva su frescura, la vida de

los primeros días, y en medio de un mundo nuevo, de una naturaleza afeada por las chimeneas de las fábricas, de una sociedad positivista, brilla con igual intensidad la luz rosada de la divina *Madonna*, como el último resto de la poesía. No creen en Dios ni en su Iglesia; se ríen de los santos y traducen á Darwin y Herbert Spencer, pero los más incrédulos se postran ante las *Madonnas* de Bellini ó de Del Sarto, y la invocan como una de las fuentes de inspiración más preciosas que haya creado la imaginación humana. En las calles y plazas se conserva su imagen, se la respeta y siempre arde la luz en su homenaje. El paisano la nombra instintivamente en sus momentos de alegría y tristeza, como si quisiera hacerla partícipe de todas las grandes emociones de la vida. Ya no pertenece á la religión, es una creación popular, amada y adorada, un ángel de bendición que por sí sólo constituye una creencia aparte.

En Italia la hora del Ave es hora de poesía, el momento en que el espíritu se recoge y siente!

Descendía el gran canal una mañana soñada, un amanecer que era una fiesta de colores, un contraste de tintes rojos y dorados, confun-

didos entre las brumas, y del otro lado la oposición de un horizonte oscuro lleno de estrellas. Era mi última hora de Venecia y quería grabarla bien en mis recuerdos.

Pasábamos por las iglesias y palacios medio destruídos algunos, otros convertidos en hoteles ó negocios. No pude impedir una impresión de tristeza y doblé con pena la más encantadora página de un viaje á Italia.

J. A. GARCÍA, HIJO.

El Otoño

Ornada de guirnaldas y graciosos festones, pasó opulenta con sus frutos opimos, sus auroras carmesíes, sus noches de luna perfumadas y azules, la estación fausta de los estivos meses, de los blandos deliquios del cuerpo y del alma que sólo tienen fuerzas para amar.

¡Oh, cuán dulce es entonces, atravesando la campiña alfombrada de cerinto, de fragante ajedrea, buscar el secreto asilo de los bosques, soñar á la sombra de los árboles vestidos de gala, cual si asistiesen á las sagradas nupcias de la tierra y el sol,—refrescar la sangre ardiente en el raudal cristalino,—sentir, oreándonos la sien, el sahumero de la brisa impregnada en el olor montaraz de las mirtáceas, las tuberosas, las bromelias, agreste efluvio cuyo origen se ignora, y que parece la agitación producida en el aire por el abanico de plumas de leves odaliscas, que derramasen sobre nosotros el opio blando de su voluptuosidad para darnos dormidos sus caricias celestes.

El viñador ve amarillear los pámpanos en las cepas maduras; pierden los valles su corona; un hálito del viento, frío, penetrante, contiene la fermentación de la savia en los troncos robustos, cual si les hubiese llevado las confidencias de la muerte.

Caen las hojas descoloridas y mustias. Remolinean con estridente roce sobre el musgo en caprichosa confusión, en fantásticos giros, al impulso del cierzo que las revuelve, las arrastra, las desmenuza, las dispersa.

La acacia simbólica de arracimadas flores, la bíblica palmera, el tamarindo indiano, el sicomoro oriundo de la griega Chipre, el pálido olivo antiguamente consagrado á Minerva, el umbroso árbol de que Alcides tejiera su corona, el laurel de Pafos, la magnolia espléndida de América, el ombú solitario de la Pampa Argentina, guarida hospitalaria al indio vagabundo, todos esos hijos lozanos del desierto y las selvas, estremecidos se despojan de sus frescos adornos. Otro tanto acontece con las plantas endebles, semejantes á la doncella tímida que después de una fiesta en que se desencontrara con su novio, esparce desconsolada en derredor de su lecho, las cintas y las rosas marchitas al calor del seno palpitante.

No todos los árboles, empero, pierden su verdor, languideciendo al sentir la ausencia del ambiente estival tan plácido á la gárrula hojarasca. Algunos vienen de climas rigurosos,—son fuertes y severos. Resignados soportan el alejamiento del astro que destella el día de su frente, y parece, como los tamariscos, las sabinas, los enebros, y especialmente los cipreses de que se coronaba el monte Ida, viviesen en perpetua plegaria, envueltos en su ramaje sombrío.

Triste está el prado, triste está la colina.

Mirad al cielo. En vano buscaréis en la región el esplendor magnífico, las fulgurantes ráfagas que os deslumbran en las alboradas del estío. No hay en el horizonte ni explosiones de volcanes, ni oleadas de topacio, ni montañas flamígeras: son menos vivos los matices, los tornasoles de las nubes livianas. La luz y los colores dilúyense armoniosamente en el éter, produciendo sonrosados celajes, que van desmayando hasta perderse en una tenuidad vaporosa: así espiran los dorados ensueños de la juventud; así el pensamiento, después de haber iluminado las verdes cumbres de la vida, se siente desfallecer hasta desvanecerse en el océano sin riberas de la inmensidad.

¡Oid! ha cesado el rumor de los campos; no canta en la espesura la cigarra, ni zumba el grillo en los trigales. De vez en cuando se escuchan sólo los mugidos prolongados de las vacas bravías llamando á sus terneros, el baido de los corderillos friolentos, la esquililla de las cabras ramoneando en las cañadas el humilde cantueso y los sauces amargos, la voz de algún pastor solitario que más que canta se lamenta, y al caer la tarde, allá á lo lejos, el tañido de la campana de la ermita, que según la expresión del grande y taciturno bardo de Florencia «parece llorar al día que se muere».

¡Qué inefable tristeza! ¡Es la dulce hora de la oración y del recuerdo!.....

.....

CARLOS GUIDO Y SPANO.

Musgo

Torné á ver la vieja ermita.
Se halla todo en su lugar:
La lámpara moribunda,
La flor mustia en el altar.

Doquier quedan las señales
De la dulce, antigua fe:
Allí está la Dolorosa,
Allí el Cristo que adoré.

¡Cuántas veces, siendo niño—
El santuario á media luz—
Me llevó mi tierna madre
Á besar juntos la cruz!

¡Tiempos idos! Pero aun guardo
Su memoria; y la impresión
De recuerdos inocentes
Me penetra el corazón.

Hoy, después de largo viaje,
Tras de larga tempestad,
En el sagrado recinto
Calma busco y soledad.....

¿Quién me llama? ¡Oh, voz sentida
Que hace el pecho conmover
Con rumores de plegaria,
Con ternuras de mujer!

«Ven», me dice, al infortunio
Da un himno. Lo pide así
La Caridad, luz del cielo»...
El laúd á pulsar fuí.

¡Ay! el rítmico instrumento
Para siempre enmudeció!
Al querer forzar las cuerdas
En mis manos se rompió.

Pues haré de blancas rosas,
Pensara, el don fraternal.
Cayó la helada en mi huerto,
Agostado hallé el rosal.

De un melancólico sauce
Colgué entonces el laúd;
Y volví á la vieja ermita,
Y lloré mi juventud.

CARLOS GUIDÒ Y SPANO.

Mariano Moreno (*)

Moreno es el patriarca de la democracia en la América Latina.

Tenía en su mente y en su corazón la inspiración de la libertad y el rayo de las revoluciones.

Sucumbió bajo el embate de tiempos adversos; y sin que el soplo de rencores fratricidas le empañara, cayó en la sombra que la posteridad debe rasgar para inundarse en el fulgor de su espíritu.

Fué grande su misión, y grande hasta el misterio de la muerte; el seno de su tumba inmenso: su salmo funerario, el rumor infinito de las ondas!

(*) El trozo *Mariano Moreno* pertenece á un artículo publicado en *El Argentino*, en 1873, con motivo de la resolución de la Convención Constituyente de la Provincia, que, al cerrar sus sesiones, mandó como último acto, erigirle una estatua.

Se podía publicar como inédito, desde que se halla perdido en ese diario que sólo vivió un año.

Ese párrafo no puede confundirse, por otra parte, con los otros que se conocen del mismo autor sobre Moreno, y que se encuentran en la *Historia Argentina*, tomo II, pág. 59, edición de 1898, y la *Política liberal*, pág. 148, edición de 1897 (edic. de 1873, pág. 156). Esta misma diferencia invitaría á la comparación y daría mayor idea de la fecundidad del escritor.

Tuvo maravillosa visión en su cerebro: tuvo fibra de poeta en sus entrañas.

Es nuestra su gloria!

Su iniciación ha sido batida como la lámpara de la nave que se hunde y reaparece bajo el azote y el vaiven de las borrascas.

Llegamos, empero, siguiendo su rastro, á la edad de la consolidación: á la esperanza que sigue al infortunio: al trabajo que sigue á los combates.

Rodéanle las irradiaciones fantásticas de un héroe legendario.

¡Feliz generación aquella que le comprenda y se glorifique con el culto de su memoria augusta!

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

El mal de la época

Nada ha hecho el Señor inútil, todo lo ha hecho con peso, número y medida. El cielo y la tierra pasarán antes que se cambie un tilde de la ley. Nuestro destino es Dios; nada de cuanto la tierra nos ofrece puede cambiar el incesante anhelo de nuestra alma, y natural es que así suceda. El hombre es un ser sensitivo, racional y libre. Su sensibilidad se encamina á la belleza, su inteligencia á la verdad, su voluntad al bien. Y Dios es la suprema belleza, la suprema verdad, el bien supremo. El hombre concibe lo eterno, lo infinito: Dios es el ser eterno, el ser infinito. Cuanto nos ofrece la naturaleza en el orden de la belleza, es un reflejo; en el orden de la verdad, es relativo, y relativos son también los bienes que en ella encontramos. Nada de ello satisface al hombre. Por eso vemos que fuera de Dios y aun en medio de los más altos dones de la vida, aun con la presión de grandes talentos, de extenso poder mundano, de goces

abundantes, el alma de los preferidos del mundo está á veces triste hasta la muerte. Por eso el poeta descreído del siglo, el célebre lord Byron, definía la vida tal como la conocía, sin los consuelos de la religión y la esperanza en Dios, diciendo: «que ella era un poco de vino, un poco de voluptuosidad y mucho fastidio».

No nos alucinemos pues, ni dejemos que otros se alucinen: un poco de prosperidad material, el desenvolvimiento de las industrias y del comercio no pueden bastar á un pueblo para ser feliz y digno de ser imitado según los designios del Creador. ¿Qué lugar deja esta civilización contemporánea para lo que hay de más noble y elevado en el ser humano?

La piedad, el amor, la caridad, la práctica de la justicia, la sanidad de los sentimientos, el temor de Dios, el cumplimiento de sus mandatos, esto es lo que constituye la verdadera civilización de los pueblos, es decir, la civilización cristiana. El Cristo condenó ya esa civilización puramente material y puso las cosas en su juicio diciendo: «¿Porqué os afanáis en busca de bienes materiales? ¿Por ventura vale el vestido más que el cuerpo, ó la comida más que el alma?»

Entretanto, un estado social en que la prosperidad se cuide por el número de los objetos amontonados, por las satisfacciones materiales, por el conjunto de la riqueza, en una palabra, no es más que una barbarie, tanto más detestable cuanto más poderosa y hábil es. El gran historiador inglés, Macaulay, hablando en *La vida de lord Clive* de los estragos causados por sus compatriotas contra los indígenas de la India, dice con horror: «Entonces presenció el mundo al espectáculo más atroz que pueden presenciar los ojos humanos, el espectáculo de la civilización sin la clemencia».

PEDRO GOYENA.



LIBRERIA DEL COLEGIO
Casa Editora fundada en 1830

ALSINA 500 ESQUINA BOLÍVAR

LA MORAL
AL ALCANCE DE LOS NIÑOS
LECCIONES CORTAS

POR
EMILIA M. SALZÁ
PROFESORA NORMAL

Esta obrita, ordenada en tres secciones que tratan de: El Hombre, La Sociedad y El Estado, desarrolla en catorce lecciones cortas, todo el programa para los grados de las Escuelas Elementales.

Todas las lecciones van ilustradas con *relatos alusivos, anécdotas, máximas evangélicas, económicas ó políticas, fábulas, parábolas y poesías escogidas y apropiadas, así como abundantes consejos á los niños.*

Un tomo en 8° de 128 páginas, en *cartónado*; texto esmeradamente impreso é ilustrado con 22 grabados originales.

DEL MISMO AUTOR
La Economía Doméstica
AL ALCANCE DE LAS NIÑAS

El objeto de esta obrita es familiarizar á la niña, en la misma escuela, con los deberes, ocupaciones, dirección, administración y gobierno, de lo que es propio de su sexo.

Está dividida en tres secciones: **El Hogar; Sostén y administración del hogar** y nueve lecciones ilustradas con *pensamientos, reflexiones, lecturas, cuentos, ejemplos, recetas, etc.*

Un tomo en *cartónado*, de 88 páginas de esmerada impresión.

CABAUT & CIA
Sucesores de P. IGON & CIA
EDITORES

19123
316

LL
1901
ROD